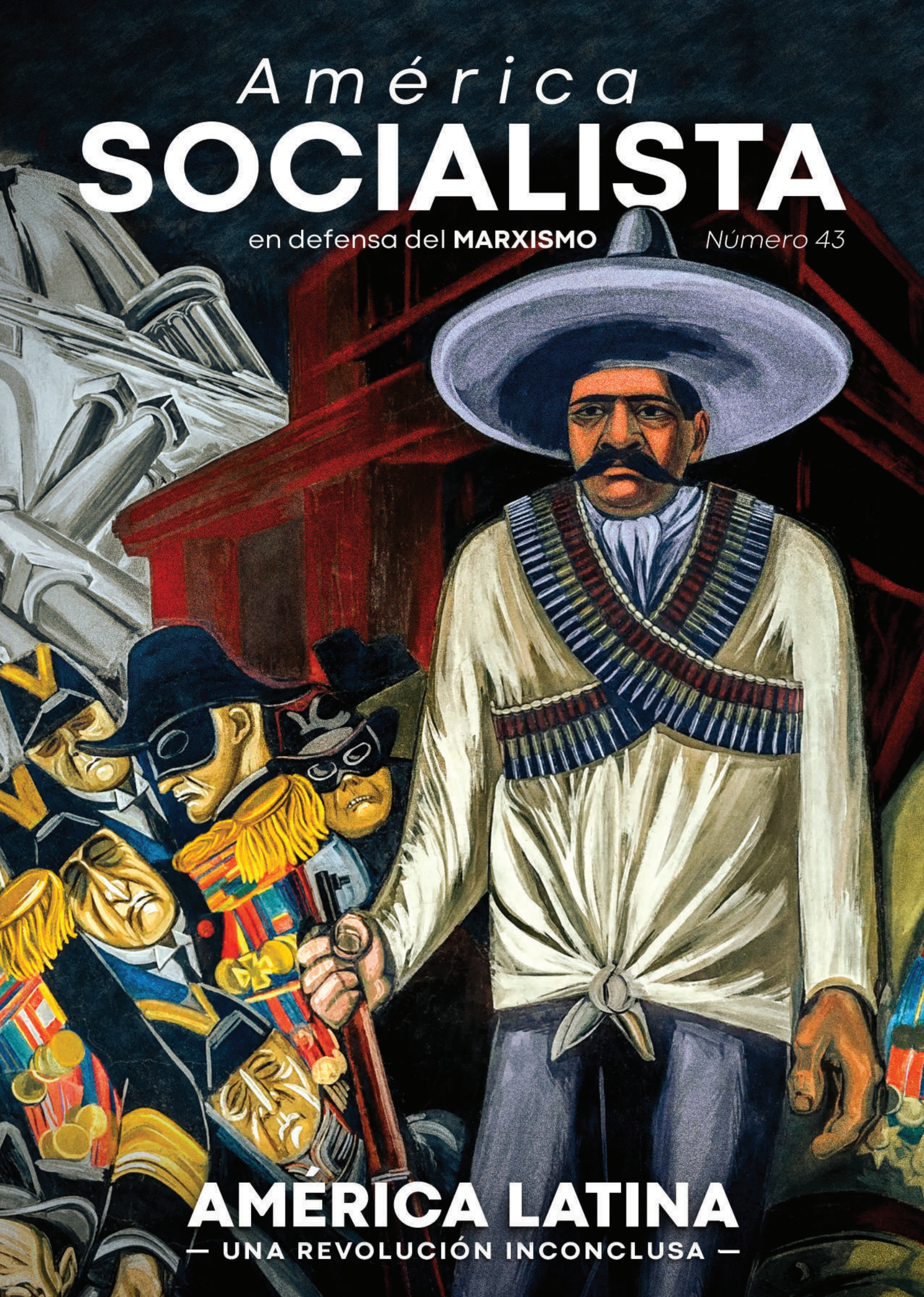
América SOCIALISTA

en defensa del **MARXISMO**

Número 43



AMÉRICA LATINA

— UNA REVOLUCIÓN INCONCLUSA —

América
SOCIALISTA
en defensa del marxismo

Revista teórica de la
Internacional Comunista Revolucionaria

Número 43 Mayo 2026 © In Defence of Marxism / América Socialista

En este número:

4 América Latina: una revolución inconclusa
Editorial

8 Balance de la revolución venezolana
Jorge Martín

21 El muralismo mexicano: un arte nacido de la revolución
Carlos Márquez



Editores: Alan Woods (editor en jefe), Rob Sewell, Hamid Alizadeh, Francesco Merli, Daniel Morley, Ben Curry, Josh Holroyd, James Kilby, Jesse Murray-Dean, Jorge Martín (edición en español) | ***Diseño:*** Jesse Murray-Dean
Contacto: contacto@marxist.com | Todas las imágenes sin créditos son de uso público

Portada e interior: *La épica de la civilización americana* (1932-34), José Clemente Orozco

Ventas y suscripciones en: Argentina Bolivia Brasil Canadá Chile Colombia El Salvador Estado español Estados Unidos Guatemala México Perú Puerto Rico Venezuela

33 Sobre América Latina
León Trotski

38 Por qué se produjo el crac del 29?
James Kilby

Suscríbete
y accede a números anteriores en americasocialista.org





— EDITORIAL —

AMÉRICA LATINA

UNA REVOLUCIÓN INCONCLUSA

La invasión estadounidense de Venezuela a principios de este año es un acontecimiento de importancia histórica. Con el secuestro del presidente Nicolás Maduro y su esposa bajo una lluvia de balas y bombas, la Administración Trump anunció el fin definitivo del orden mundial «basado en normas».

Ha quedado atrás la época en la que se apelaba al «derecho internacional» y a la «democracia» como pretextos para justificar las intervenciones imperialistas. Esta operación no fue más que la reducción descarada de una nación soberana a un Estado semicolonial con el fin de hacerse con materias primas y esferas de influencia.

La operación «Absolute Resolve» también pretendía enviar un mensaje claro al resto de América, y fue seguida de amenazas directas a Colombia, México y Cuba. Todo esto forma parte de un intento del imperialismo estadounidense por restablecer un control firme sobre el continente, tal y como se recoge en el nuevo documento de la Estrategia de Seguridad Nacional de Trump y en la cumbre «Escudo de las Américas» celebrada en marzo.

La esencia de la política de Trump, conocida como el «corolario de Trump a la Doctrina Monroe» —o «Doctrina Donroe»—, puede resumirse en las palabras de la cuenta oficial de X del Departamento de Estado de EE. UU.:

> «Este es NUESTRO hemisferio, y el presidente Trump no permitirá que se ponga en peligro nuestra seguridad».

En este sentido, la Administración Trump no hace más que reiterar una política de larga data del imperialismo estadounidense en relación con su llamado «patio trasero». Ya en 1912, el presidente William Taft afirmó que el hemisferio occidental «será nuestro de hecho, ya que, en virtud de nuestra superioridad racial, ya es nuestro moralmente».

Pero esto no es el «regreso del imperialismo», como lamenta la prensa liberal. Es simplemente la continuación de cinco siglos de dominación, saqueo y explotación en América Latina.

CINCO SIGLOS DE SAQUEO

América Latina tiene todo lo necesario para construir un paraíso en la Tierra, pero su gente se ha visto obligada a soportar un duro purgatorio. Primero bajo el dominio de España y Portugal, luego de Gran Bretaña y, por último, pero no por ello menos importante, de Estados Unidos, durante 500 años las tierras y los pueblos de América Latina han sido saqueados de forma despiadada y sistemática. Este saqueo constante quedó brillantemente plasmado en el libro de Eduardo Galeano, *Las venas abiertas de América Latina*, publicado en 1971.

Los primeros conquistadores llegaron en busca de oro y plata, pero a medida que se desarrollaba el mercado mundial, también lo hacía su voraz apetito por otras materias primas esenciales para el desarrollo de la economía moderna: hierro, estaño, cobre, petróleo y, ahora, el litio —conocido como «oro blanco»— y el cobalto, para tecnologías «verdes» y militares.

Puede que el botín haya cambiado de forma a lo largo de los siglos, pero la

Pancho Villa (centro-izquierda) y Emiliano Zapata (centro-derecha) en el Palacio Presidencial, Ciudad de México, diciembre de 1914

Esta página: Un panel en el Hospicio Cabañas José Clemente Orozco que representa la conquista española (1937-39)

brutalidad con la que se ha obtenido se ha mantenido constante.

Los indígenas sometidos a trabajos forzados y los africanos esclavizados trabajaban antaño en las minas de Potosí. Hoy en día, los trabajadores indígenas «libres» se ven empujados por una pobreza extrema a trabajar jornadas agotadoras a cambio de salarios míseros, solo para morir de intoxicación pulmonar a los 45 años, casi 30 años antes que el resto de la población. ¿Qué es esto sino esclavitud con otro nombre?

Las riquezas de América Latina no se limitan a los minerales que se encuentran bajo tierra; su impresionante biodiversidad y sus fértiles suelos han proporcionado productos básicos fundamentales para el mercado mundial durante siglos. A los cultivos autóctonos, como el cacao, el algodón y el caucho, se sumaron cultivos comerciales intensivos procedentes del extranjero —azúcar, café y plátanos—, introducidos a gran escala a través de la economía de las plantaciones.

La expansión de las plantaciones fue acompañada de la destrucción tanto del medio ambiente como de innumerables comunidades campesinas indígenas, a quienes les robaron sus tierras y se vieron obligadas a trabajar en *haciendas* como siervos o en las minas. Hoy en día se está produciendo un proceso similar en las selvas tropicales de Brasil, donde los mineros de oro y los ganaderos están desplazando y asesinando a los pueblos indígenas.

Estas antiguas haciendas se han transformado desde entonces en modernos latifundios: fincas gigantescas que monopolizan la tierra. A los nobles españoles y a la Iglesia católica les sucedieron simplemente los señores capitalistas de la tierra, como la United Fruit Company, que en la década de 1950 poseía el 40 % de toda la tierra cultivable de Guatemala.

En muchos sentidos, este proceso de desposesión y explotación refleja lo que Marx describe como la «acumulación primitiva de capital», que allanó el camino para el surgimiento del sistema capitalista. Pero, a diferencia de lo ocurrido en Europa, esta brutal explotación no dio lugar a economías fuertes e industrializadas en América Latina. En lugar de invertirse en el país, los beneficios se desviaron hacia cuentas bancarias en el extranjero, y solo unas migajas recayeron en los compinches locales del capital extranjero.

El mineral procedente de minas de propiedad extranjera se transporta por vías férreas financiadas con préstamos extranjeros hasta los puertos, donde lo recogen compañías navieras extranjeras, para luego ser refinado en otros lugares y revendido a la región a precios mucho más elevados. Cualquier intento de las empresas nacionales por competir ha sido aplastado. Este ciclo de dependencia se ve reforzado por la deuda. Mientras que antes las colonias pagaban un tributo a la Corona española, ahora pagan una suma mucho mayor en concepto de intereses a los bancos de los países «avanzados».

Este sistema sería imposible de mantener sin un ciclo interminable de injerencias imperialistas, guerras y genocidios. El resultado es una tasa media de pobreza que duplica aproximadamente la de los países de la OCDE. En total, el 56,5 % de los latinoamericanos se encuentra «en situación de pobreza» o es «vulnerable», lo que convierte a esta región en la más desigual del mundo.

La pobreza y la violencia que sufren las masas provocan inevitablemente la migración. Ya en 1830, Simón Bolívar se lamentaba: «Lo único que se puede hacer en América es emigrar».[1] En 2020, 47,2 millones de emigrantes de América vivían fuera de su país natal, a menudo siguiendo el rastro de las ganancias robadas para encontrar trabajo en las naciones que habían empobrecido sus países de origen.



LA ANTORCHA DE LA REVOLUCIÓN

Los siglos de opresión se han enfrentado a siglos de resistencia y revolución por parte de los pueblos de la región.

La primera revolución exitosa contra la esclavitud y el colonialismo en América Latina tuvo lugar en Haití, donde el levantamiento de esclavos de 1791 transformó la colonia más rentable del mundo en la primera nación independiente de América Latina y el Caribe.

A esto le siguió una oleada de revoluciones en lo que entonces se conocía como la América española, tras la derrota de la monarquía española a manos de Napoleón en 1808. La primera de estas revoluciones comenzó en La Paz en julio de 1809, cuando la *Junta Tutelar de los Derechos del Pueblo*, liderada por Pedro Domingo Murillo, emitió una audaz declaración de independencia, condenando la «tiranía de un usurpador injusto que, degradándonos de la raza humana, nos ha tildado de salvajes y nos ha considerado esclavos».[2]

Aunque Murillo fue capturado y ejecutado por las fuerzas imperiales en enero de 1810, declaró con tono desafiante:

> «La tea que dejo encendida, nadie la podrá apagar».[3]

No se equivocaba.

En la primavera de ese año estallaron revoluciones en Caracas y Buenos Aires, dando inicio a una era de guerras revolucionarias que acabarían por liberar a toda la América del Sur hispanohablante.

Mientras tanto, en la madrugada del 16 de septiembre de 1810, Miguel Hidalgo hizo sonar las campanas de la iglesia de la localidad mexicana de Dolores y pronunció su famoso «Grito de Dolores», entre varias versiones se encuentra la siguiente:

> «Hijos míos! ¡Únanse conmigo! Ayúdenme a defender la patria! Los gachupines quieren entregarla a los impíos franceses. ¡Se acabó la opresión! ¡Se acabaron los tributos! Al que me siga a caballo le daré un peso; y a los de a pie, un tostón.»[4]

En 1826, todas las naciones modernas de América Latina, excepto Cuba y Puerto Rico, habían conseguido su independencia.

Estos movimientos fueron profundamente progresistas y plantearon las reivindicaciones clásicas de la revolución democrático-burguesa: soberanía nacional, igualdad jurídica, abolición de la esclavitud y reforma agraria. Sin embargo, dado que la burguesía criolla *criolla* temía a las masas más de lo que odiaba a la Corona, estos objetivos a menudo se vieron comprometidos o quedaron a medias.

La antorcha de la revolución volvió a pasar de manos un siglo más tarde, con el estallido de la Segunda Revolución mexicana en 1910. Esta época fue testigo del surgimiento de líderes campesinos radicales, como Pancho Villa y Emiliano Zapata, cuyo grito de «La tierra para quien la trabaja» se ha convertido en una reivindicación fundamental de las revoluciones en toda América Latina.

Desde entonces, movimientos revolucionarios inspiradores han sacudido la región una y otra vez. Pero esto no solo pone de manifiesto el heroísmo de las masas, sino que demuestra que la gran Revolución latinoamericana aún no ha concluido.

TAREAS PENDIENTES

A pesar de dos siglos de lucha, ninguna de las reivindicaciones fundamentales planteadas por las masas se ha cumplido plenamente. La soberanía nacional —definida como la autoridad suprema de un Estado para gobernarse a sí mismo sin injerencias externas— sigue siendo más una aspiración que una realidad, en una región donde la injerencia imperialista se hace sentir en todos los ámbitos de la sociedad.

Dejando de lado el hecho de que Puerto Rico sigue siendo un «territorio no incorporado» —una colonia— de los Estados Unidos, ¿hasta qué punto podemos hablar de soberanía nacional, incluso en países que son formalmente independientes?

¿Qué significa la soberanía en Venezuela cuando su presidente puede ser secuestrado por una potencia extranjera y juzgado en Nueva York como un delincuente común, mientras que las políticas e incluso el presupuesto del Gobierno se dictan desde el exterior? ¿Y puede considerarse realmente soberano el Estado argentino cuando sus leyes de reestructuración de la deuda pueden ser anuladas de hecho por un tribunal de Estados Unidos, como ocurrió cuando los «fondos buitre» estadounidenses demandaron con éxito a Argentina en 2013?

Del mismo modo, durante décadas, el ejército estadounidense ha actuado con impunidad en territorio colombiano, llevando a cabo actos de injerencia política, tortura y asesinato en nombre de la «lucha contra el narcoterrorismo».

En última instancia, esta falta de soberanía política se debe a la falta de independencia económica de estos países. En toda la región, los sectores más importantes de la economía están dominados por monopolios extranjeros.

Se calcula que hasta dos tercios del sector minero chileno son de propiedad extranjera. Incluso en países donde las minas son explotadas en su mayor parte por cooperativas locales y el Estado, como en Bolivia, muchas explotaciones locales están, de hecho, financiadas con capital extranjero y dependen de la tecnología suministrada por empresas de los países imperialistas.

La situación es similar en el sector manufacturero. La industria automovilística mexicana constituye su principal fuente de exportaciones y está controlada en un 90 % por capital extranjero. Por su parte, los bancos extranjeros, como Santander, dominan el sector financiero.

Una de las reivindicaciones fundamentales de la revolución latinoamericana ha sido la reforma agraria. Con la distribución de la tierra más desigual del planeta, el 1 % de las «megafarmas» de la región controla más tierras productivas que el 99 % restante de los agricultores juntos.

En Colombia, el 1 % de las explotaciones agrícolas más grandes concentra el 81 % de la tierra. Y esta desigualdad extrema, a su vez, alimenta la violencia y la inestabilidad que se viven actualmente en gran parte del campo.

En este contexto, incluso la democracia formal se convierte en una cáscara vacía. Aunque América Latina ha elaborado más constituciones que cualquier otra región del mundo, los derechos consagrados en estos documentos se limitan, en gran medida, al papel en el que están escritos.

La realidad es una región que lleva más de un siglo azotada por golpes de Estado y guerras civiles, intercalados por períodos de «estabilidad», en los que todas las instituciones de la democracia formal —el parlamento, los tribunales, los medios de comunicación— están controladas por una oligarquía minúscula y corrupta.

LA GRAN TRAICIÓN

La causa de este estancamiento es una burguesía nacional débil y parasitaria que ha traicionado a la revolución desde sus inicios.

Incluso durante las guerras de independencia de América Latina, el sueño de Bolívar de unir los territorios andinos del Imperio español en una única Federación de los Andes se vio frustrado por la élite criolla local, que anteponía los lujos y los préstamos de los comerciantes y banqueros británicos a las amenazadoras aspiraciones de su propio pueblo empobrecido. Al igual que Esaú en la Biblia, la burguesía latinoamericana vendió su primogenitura por un «plato de lentejas».

Hoy en día, las clases dominantes de todas las naciones latinoamericanas siguen estando indisolublemente ligadas a —y a menudo son idénticas a— los latifundistas que monopolizan la tierra. Esto hace imposible llevar a cabo una reforma agraria significativa sin atentar contra los intereses fundamentales de la clase capitalista nacional.

Esto se puede observar hoy en día en Colombia, donde el programa de reforma agraria del presidente Gustavo Petro se ha visto estancado y frustrado por una campaña constante de resistencia, difamación y desestabilización por parte de la oligarquía colombiana.

Como explicó Galeano, las burguesías de la región surgieron como «prósperas piezas del engranaje mundial que sangraba a las colonias y a las semicolonias».[5] Totalmente dependientes del imperialismo extranjero y del mercado mundial, son incapaces de desarrollar una



Una unidad de caballería del Movimiento 26 de Julio de Fidel Castro durante la Revolución cubana, enero de 1959

economía nacional verdaderamente independiente. En cambio, no sirven más que para desempeñar el papel de lacayos a sueldo y *sicarios*: asesinos contratados contra su propio pueblo.

Lo único en lo que la clase dominante latinoamericana ha destacado siempre es en la producción de dictadores despiadados al servicio del imperialismo extranjero. La historia de todos los países latinoamericanos está manchada por las atrocidades cometidas contra cientos de miles de campesinos, trabajadores e indígenas: castraciones; el rajar de los vientres de las mujeres embarazadas; el lanzar bebés al aire para que los atrapen en las puntas de las bayonetas —todo en nombre de la defensa de la «civilización», la «democracia» y el «libre comercio».

Incluso cuando no están cometiendo asesinatos en masa, la estupidez y la servilidad de los reaccionarios son increíbles. Por ejemplo, la líder «prodemocrática» venezolana, María Corina Machado, entregó recientemente su Premio Nobel de la Paz a Donald Trump como trofeo por invadir su propio país.

Mientras tanto, el lascivo «anarcocapitalista» con motosierra en mano, Javier Milei, al que le encanta hacerse el duro con los trabajadores argentinos, corre como un perrito a los pies de su amo en Washington. Estas personas son un claro ejemplo de una clase sin cerebro, sin corazón y sin futuro.

En los últimos años, muchos en América Latina han mirado hacia China como una posible alternativa al dominio estadounidense. Es comprensible que muchos vean a Pekín como un mejor socio: la inversión china suele venir acompañada de la amenaza de intervención militar y la humillación política que caracterizan las relaciones con Estados Unidos. Sin embargo, mientras la economía siga en manos de la misma clase capitalista corrupta, persistirán las mismas contradicciones, la desigualdad y la dependencia del extranjero que frenan el desarrollo de la región.

Por lo tanto, lo que se necesita para que la revolución latinoamericana avance es el derrocamiento y la expropiación de los oligarcas y los monopolios extranjeros. Sin ello, las aspiraciones de las masas seguirán sin cumplirse.

LECCIONES IMPORTANTES

En enero de 2005, Hugo Chávez anunció que la única forma de salir del estancamiento histórico de América Latina es mediante la revolución para «romper la hegemonía capitalista, romper la hegemonía de las oligarquías en estas tierras». Pero continuó diciendo:

> «El capitalismo no puede trascender por dentro del mismo capitalismo, no. Al capitalismo hay que trascenderlo por la vía del socialismo.»[6]

La gran tragedia de la Revolución Bolivariana es que, a pesar de los esfuerzos de Chávez, no llegó hasta el final y no derrocó al capitalismo. Por el contrario, todos los logros de la revolución han sido anulados por el capitalismo, con la colaboración activa de la propia burocracia «bolivariana».

La Revolución cubana, sin embargo, logró derrocar el capitalismo. Mediante la expropiación del capital extranjero, de los grandes terratenientes y de la burguesía nacional, el pueblo de esta pequeña isla logró milagros, a pesar de seis décadas de agresión implacable por parte de la mayor potencia imperialista del mundo.

En un solo año, Cuba erradicó el analfabetismo, que en 1959 superaba el 23 %. Alcanzó una esperanza de vida comparable a la de Estados Unidos y una menor mortalidad infantil, a pesar de gastar solo una décima parte de lo que Estados Unidos destina a la sanidad. Desde 1963, Cuba ha enviado a más de 600 000 profesionales médicos a 164 países, lo que demuestra el enorme potencial de la economía planificada.

Un aspecto crucial es que Cuba llevó a cabo la reforma agraria más amplia de América Latina. Los *latifundios* fueron nacionalizados y redistribuidos en pequeñas parcelas familiares o reorganizados en cooperativas y granjas estatales. La pobreza y la inseguridad rurales desaparecieron en gran medida, lo que transformó de manera fundamental las condiciones rurales.

Sin embargo, la lección más importante que nos enseña Cuba es el peligro del aislamiento. Ninguna nación latinoamericana puede liberarse plenamente mientras el resto de la región siga bajo el dominio capitalista. Tras el colapso del bloque soviético, la isla se vio sumida en el Período Especial, una época de enormes privaciones materiales en la que el pueblo cubano se enfrentó a una situación cercana a la inanición.

A pesar de ello, la revolución se mantuvo firme. Hoy en día, el cerco se está cerrando de nuevo sobre la Revolución cubana. Al cortar el suministro de petróleo procedente de Venezuela y México, Trump está llevando a la economía cubana al borde del colapso.

El destino de la Revolución cubana pende de un hilo. Sus logros seguirán inspirando a las generaciones venideras. Pero debemos aprender la lección fundamental de Cuba: para sobrevivir y prosperar, la revolución debe extenderse; debe internacionalizarse.

POR UN HEMISFERIO SOCIALISTA

Hemos entrado en un nuevo período de crisis capitalista y agresión imperialista, en el que se están gestando inmensas explosiones sociales y revoluciones. Estas solo podrán tener éxito con el derrocamiento del capitalismo en toda América Latina.

La revolución latinoamericana encontrará su aliado más poderoso en la gigantesca clase trabajadora del «coloso» al norte del Río Grande. Más allá del hecho de que una parte significativa de la clase trabajadora estadounidense tiene raíces latinoamericanas y mantiene profundos vínculos con la región, los intereses de todos los trabajadores estadounidenses son fundamentalmente idénticos a los de las masas oprimidas del sur.

Los recientes enfrentamientos entre los trabajadores comunes y los agentes del ICE en Minneapolis son un reflejo de los enfrentamientos entre la juventud revolucionaria y la policía antidisturbios durante el Paro Nacional de Colombia en el 2021. Son dos frentes de la misma lucha. Unidos, los trabajadores y los campesinos de América —la verdadera América, que se extiende desde el Círculo Polar Ártico hasta el Cabo de Hornos— son una fuerza más poderosa incluso que la mayor superpotencia militar de la Tierra.

Juntos pueden construir una nueva América socialista y transformar el mundo entero. En palabras de José Carlos Mariátegui:

> «La revolución latinoamericana será nada más y nada menos que una etapa, una fase de la revolución mundial. Será simple y puramente la revolución socialista.»[7] ■

Referencias en línea
americasocialista.org
/amsoc43
o escanea el código QR



¡ÚNETE A LA ICR!

INTERNACIONAL COMUNISTA REVOLUCIONARIA

PRESENTE EN MÁS DE 60 PAÍSES

americasocialista.org/contactenos

BALANCE DE LA REVOLUCIÓN VENEZOLANA

La Revolución venezolana fue uno de los episodios más impactantes de la lucha de clases que se han vivido en el siglo XXI. **Jorge Martín** repasa los principales acontecimientos de la revolución, incluida la dinámica entre su líder, Hugo Chávez, y las masas. Explica por qué, a pesar del enorme potencial de la revolución, esta acabó siendo derrotada, y qué lecciones se pueden extraer para la actualidad.



"Ceux qui font des révolutions à moitié n'ont fait que se creuser un tombeau."

El dirigente revolucionario jacobino Louis de Saint Just advirtió que «quienes hacen revoluciones a medias solo cavan su propia tumba». Desgraciadamente, este fue el caso de la Revolución Bolivariana.

Si hay algo que destaca de la Revolución Bolivariana de Venezuela es lo prolongado que fue todo el proceso. Pasaron casi quince años entre la elección del presidente Hugo Chávez el 6 de diciembre de 1998 y su muerte el 5 de marzo de 2013.

El equilibrio de fuerzas entre las clases era tan favorable a la clase trabajadora y los pobres que todos los intentos de la contrarrevolución por derrocarlo y poner fin a la revolución fueron derrotados. Y hubo muchos intentos de este tipo: un golpe de Estado en abril de 2002 que derrocó brevemente a Chávez, varios otros intentos fallidos de golpe, guarimbas (disturbios violentos) por parte de la oposición reaccionaria, sanciones imperialistas, infiltraciones paramilitares, incursiones mercenarias, un cierre patronal de dos meses en todo el país, sabotaje económico, una huelga patronal, fijación de precios y acaparamiento a gran escala por parte de la clase capitalista.

La oligarquía venezolana, respaldada, financiada y apoyada por el imperialismo estadounidense y español, no se detuvo ante nada para intentar aplastar el intento de las masas venezolanas empobrecidas de tomar las riendas de su propio destino. Todos estos intentos de derrocar a Chávez y destruir la revolución terminaron en un vergonzoso fracaso para la clase dominante.

Y, sin embargo, la revolución no se completó. Aunque el poder de la oligarquía capitalista se había debilitado, la economía seguía siendo capitalista y el aparato estatal seguía siendo un Estado capitalista. Chávez era muy consciente de ello. En uno de sus últimos discursos, llamó a «dar un golpe de timón».

Pero tras la muerte de Chávez, Nicolás Maduro tomó las riendas. Las tendencias burocráticas y reformistas en la cúpula del movimiento bolivariano se hicieron más fuertes y, de forma lenta pero segura, la revolución se convirtió en contrarrevolución.

Mientras Chávez había fomentado la autoorganización de los oprimidos, Maduro la sometió al control burocrático del aparato estatal y del Partido Socialista Unido de Venezuela (PSUV), en el poder. Mientras Chávez nacionalizó empresas privadas y multinacionales, Maduro las privatizó. Mientras que, bajo Chávez, se expropiaron los latifundios y se distribuyó la tierra a los campesinos, bajo Maduro, la guardia nacional desalojó a los campesinos y devolvió las propiedades a los grandes terratenientes. Las ocupaciones de fábricas y las experiencias de control y gestión obrera, que Chávez había fomentado, fueron aplastadas y destruidas.

En enero de 2026, una campaña de seis meses de intimidación imperialista y agresión militar contra Venezuela por parte del presidente Donald Trump culminó en un ataque militar masivo en el que Estados Unidos secuestró al presidente Maduro y a su esposa. Tras el ataque, Venezuela se vio obligada a convertirse en una semicolonia *de facto* de Estados Unidos, con Washington dictando la política a Caracas a través de su control sobre el flujo de recursos petroleros y minerales que salen del país.

Aunque no podemos predecir con certeza cómo se desarrollarán los acontecimientos, el ataque imperialista del 3 de enero contra Venezuela marca el final de todo un período histórico. Los activistas revolucionarios de Venezuela y del extranjero deben comprender cómo hemos llegado a este punto. Es necesario aprender las lecciones si queremos armarnos para las batallas que se avecinan.

Los orígenes de la Revolución Bolivariana

Algunos sitúan el punto de partida de la Revolución venezolana en el momento de la victoria electoral de Chávez en 1998, cuando ganó contra un frente unido de los dos partidos del *establishment*, que habían gobernado el país durante décadas: la socialdemócrata Acción Democrática (AD) y el Partido Social Cristiano (COPEI).

Pero solo se puede comprender realmente el atractivo de la candidatura de Chávez en 1998 si se remonta al levantamiento del Caracazo de 1989. En aquel momento, Carlos Andrés Pérez, de AD, acababa de ser reelegido. Muchos votaron por él con la ilusión de recuperar los «buenos viejos tiempos» de su presidencia en la década de 1970, cuando había nacionalizado el petróleo y creado la empresa petrolera estatal PDVSA.

Sin embargo, a pocos días de tomar posesión, Pérez aplicó un programa de choque de «ajuste» monetarista patrocinado por el FMI, que incluía recortes presupuestarios de gran alcance, como la supresión de los subsidios al combustible. Esto provocó un aumento masivo y repentino del precio del transporte público.

En la madrugada del 27 de febrero de 1989, cuando los trabajadores de los barrios populares de Guarenas, una ciudad dormitorio a las afueras de la capital, Caracas, se dirigían a sus puestos de trabajo, se encontraron con la sorpresa de que las tarifas de los autobuses habían subido un 30 %. Se negaron a subir a los autobuses en señal de protesta y prendieron fuego a algunos de ellos. Esa fue la chispa que desencadenó un levantamiento nacional contra las medidas de austeridad del Gobierno, con protestas masivas y saqueos generalizados.

Este movimiento espontáneo, que se conoció como el Caracazo, fue sofocado en sangre por las autoridades. Suspendieron la Constitución, se impuso un toque de queda y un bloqueo informativo, y desplegaron al ejército para arrasar con los manifestantes desarmados. Se desconoce la cifra exacta de muertos, pero los familiares de las víctimas estiman que el total ronda los 3.000. Para el 8 de marzo, el movimiento de protesta había sido sofocado por una represión brutal.

Esa era la verdadera cara de la democracia burguesa en Venezuela antes de la Revolución Bolivariana, y no la imagen idílica que pintan hoy los medios de comunicación capitalistas y los comentaristas de la clase dominante.

El Caracazo representó un punto de inflexión en la conciencia, el último clavo en el ataúd del ya desacreditado sistema del puntofijismo, tras el Pacto de Puntofijo, el acuerdo político de 1958 por el

Opuesto: Chávez frente a un cuadro de Simón Bolívar en el palacio presidencial, 13 de diciembre de 2008 (AP/Fernando Llano)

Durante el Caracazo de 1989 (Jose Angel Murillo)



que AD y COPEI se alternaban en el poder y compartían todos los cargos oficiales del gobierno.

La represión militar del levantamiento del Caracazo también tuvo otro impacto, el de empujar a un grupo de oficiales militares subalternos a la oposición abierta. Las acciones criminales del ejército en aquellos días les parecían contradictorias con la ideología oficial de la institución, que era la de proteger al pueblo de una amenaza extranjera, y no de dispararles. Comenzaron a organizar un movimiento nacionalista clandestino bajo la bandera del bolivarianismo, en honor a Simón Bolívar, el héroe independentista del siglo XIX que lideró la lucha para liberar a media Sudamérica del dominio colonial español. Entre esos oficiales militares se encontraba Hugo Chávez.

El 4 de febrero de 1992, Chávez, entonces teniente coronel, lideró un fallido levantamiento civil-militar contra la corrupta clase política. Una vez que quedó claro que el intento no iba a ninguna parte —el levantamiento civil no se había materializado y las fuerzas militares no contaban con suficiente apoyo—, el régimen le dio la oportunidad de aparecer en la televisión nacional para pedir a sus seguidores que depusieran las armas. Aprovechó la oportunidad para decir que sus objetivos «no se habían logrado», pero añadió: «por ahora». Eso lo catapultó a la escena política nacional, conectando con el profundo descontento con el puntofijismo.

Chávez pasó dos años en la cárcel antes de ser indultado por el nuevo presidente Rafael Caldera, que había ganado las elecciones de 1993 prometiendo, entre otras cosas, indultar a todos los militares implicados en los dos levantamientos fallidos de 1992. Al ser puesto en libertad, Hugo Chávez dio una rueda de prensa en la que advirtió que «Venezuela estaba madura para una revolución si no se atendían las demandas del pueblo de profundos cambios políticos y económicos».

Tras muchas discusiones sobre la estrategia a seguir, Chávez decidió presentarse a las elecciones presidenciales de 1998 como candidato del Movimiento Quinta República (MVR), después de que las autoridades electorales rechazaran el nombre de su organización política, Movimiento Bolivariano Revolucionario 200 (MBR-200), por contener el nombre «Bolívar» . Su programa se basaba en la lucha contra la corrupción y la pobreza mediante la convocatoria de una asamblea constituyente para refundar la República Venezolana.

Las elecciones presidenciales de 1998 enfrentaron a Chávez, que recorrió el país hablando en cientos de reuniones de trabajadores, campesinos y pobres en los barrios, contra Salas Römer, que contaba con el apoyo de los dos partidos de Puntofijo y de la mayor parte del establishment. Durante la campaña, Chávez forjó lazos con las masas y fomentó su autoorganización. En ese momento, dos tercios de la población vivían por debajo del umbral de la pobreza y alrededor del 28 % vivía en condiciones de pobreza extrema.

EL APOYO MASIVO A CHÁVEZ

En ese momento, Chávez defendía un cambio radical, pero no se autodenominaba socialista ni antiimperialista. De hecho, inmediatamente después de asumir el cargo en 1998, elogió la «tercera vía» de Tony Blair. Algunos miembros de la clase dominante pensaron que podían utilizar a Chávez y su popularidad para dar una nueva imagen a la extremadamente desacreditada democracia burguesa venezolana. El embajador británico en Venezuela dijo en una reunión de empresarios locales que «la popularidad y la legitimidad de Chávez... [son] condiciones indispensables para las duras medidas que debe adoptar el próximo presidente».

Chávez obtuvo una victoria decisiva (56 % de los votos frente al 40 % de Salas Römer), porque para millones de trabajadores representaba la promesa de un cambio radical. La suya no fue una elección presidencial cualquiera, sino un hito importante en el proceso de «la intervención directa de las masas en los destinos de la sociedad.», como Trotski describe una revolución en su *Historia de la Revolución rusa*.[1]

Hay que reconocer que Chávez se mantuvo firme. Convocó un referéndum para convocar una asamblea constituyente en la que su Polo Patriótico (una coalición formada por el MVR y otros partidos de izquierda: MAS, PPT, MEP, PCV, etc.) obtuvo el 65 % de los votos. La nueva constitución supuso un paso adelante desde el punto de vista de los derechos democráticos —por ejemplo, incluía el derecho a destituir a los cargos electos, incluido el presidente—, pero seguía siendo una constitución capitalista que consagraba los derechos de propiedad privada.

Lo más importante es que las masas habían participado en decenas de miles de reuniones por todo el país para debatir el proyecto de constitución y lo consideraban un arma en su lucha contra el antiguo régimen. Más del 70 % votó a favor de ratificarla en un referéndum. La constitución se imprimió en millones de ejemplares de bolsillo, un pequeño libro azul que la gente llevaba consigo en todo momento y esgrimía cada vez que se enfrentaba a un miembro de la burocracia estatal.

Para entonces, cientos de miles de personas de los sectores más pobres de la sociedad se habían organizado de todas las formas posibles para resolver sus problemas más acuciantes: surgieron círculos bolivarianos en los barrios obreros, comités de reforma agraria, comités de tenencia de la tierra urbana, comités de agua, emisoras de radio y televisión comunitarias. Las masas querían emprender acciones directas para satisfacer sus demandas y no esperaban a que los políticos de la vieja escuela lo hicieran por ellas. Chávez, con su estilo directo y sencillo, utilizando el lenguaje de la gente trabajadora y rompiendo constantemente con el protocolo, las animó y les dio voz.

Su programa semanal de televisión, Aló Presidente, de varias horas de duración, era un ejercicio de educación política de masas. En varias ocasiones, Chávez apareció con un mapa de Venezuela detrás y explicó la riqueza de recursos naturales que poseía el país: petróleo, oro, hierro, biodiversidad, etc. Luego señaló que la única razón por la que la mayoría era pobre en un país tan rico era porque su riqueza había sido monopolizada por una pequeña minoría no elegida y que no rendía cuentas. Esto tuvo profundas implicaciones revolucionarias.



Los medios de comunicación capitalistas y los políticos de Venezuela y de todo el mundo pasaron quince años denunciando el «autoritarismo» de Chávez. Pero la verdad es que gozaba de un apoyo masivo, que se ratificó en cada paso del camino en las elecciones democráticas burguesas. Hubo nada menos que diecinueve elecciones (presidenciales, de la Asamblea Nacional, regionales, estatales y municipales) y referendos entre su victoria en las elecciones presidenciales de 1998 y su muerte en 2013. Chávez y su Movimiento Bolivariano las ganaron todas, excepto una, el referéndum de reforma constitucional de 2007, que se perdió por un estrecho margen.

De hecho, uno de los momentos álgidos del apoyo electoral a Chávez y a la Revolución Bolivariana se produjo en las elecciones presidenciales de 2006, cuando se dirigió a las masas y dijo: «Estas elecciones no son sobre Chávez, estamos eligiendo el socialismo». La respuesta fue un respaldo rotundo a la necesidad del socialismo, con más del 62 % de los votos a favor de Chávez y una participación del 75 %.

Una de las razones del odio de la oligarquía hacia Chávez fue precisamente que había despertado a las masas a la participación política. Estos millones de personas estaban anteriormente excluidas del proceso político. Consideraban, con razón, que estaba amañado a favor de los ricos y poderosos, los «amos del valle», como en el título de la novela histórica de Herrera Luque, un grupo muy unido de familias acomodadas con apellidos grandilocuentes que habían gobernado el país durante 200 años y pensaban que era su derecho divino.

Odiaban a Chávez porque rompía el protocolo, hablaba el lenguaje directo del pueblo y conectaba con sus pensamientos y aspiraciones. Destruyó la idea de que la política estaba reservada a los políticos profesionales y a las clases cultas. No podían perdonarle por haber inculcado a la clase trabajadora y a los pobres la idea de que tenían derecho a participar en la política y a tomar decisiones.

EL GOLPE DE ABRIL DE 2002

A finales de 2001, Chávez utilizó los poderes que le había otorgado la Asamblea Nacional para aprobar un amplio paquete de reformas. Estas se conocieron como las 49 Leyes Habilitantes, en referencia a la ley habilitante que otorgaba a Chávez el poder ejecutivo para decretarlas. Abordaban toda una serie de cuestiones diferentes (pesca, seguros, pequeñas empresas, banca, etc.), pero las dos más importantes eran las que se referían a la reforma agraria y la industria petrolera.

La ley de reforma agraria supuso un avance progresista, ya que permitía la expropiación de los latifundios ociosos y su distribución entre los campesinos sin tierra. La oligarquía terrateniente, estrechamente vinculada a banqueros, capitalistas y empresarios, representaba menos del 2 % de la población, pero poseía el 75 % de las tierras cultivables. En el otro extremo, el 75 % de los terratenientes apenas poseía entre el 5 y el 6 % de la tierra.

La ley de hidrocarburos reafirmó el papel del Estado en la industria, en particular en la gestión de PDVSA (la empresa petrolera estatal), y tomó medidas para revertir la llamada «apertura petrolera», que había permitido a las empresas privadas explotar los recursos petroleros directamente o en empresas conjuntas con PDVSA.

Ninguna de las 49 leyes puede considerarse anticapitalista *per se*, y todas ellas se enmarcaban en el pleno respeto del Estado de derecho (burgués) y la propiedad privada. Aun así, la clase dominante y los políticos del antiguo régimen las consideraban una declaración abierta de guerra de clases.

Esto revela la contradicción crucial que existe en el corazón de un país dominado como Venezuela. La oligarquía local (la alianza de banqueros, capitalistas y terratenientes), cuyos intereses están estrechamente alineados y subordinados a los del imperialismo, es completamente incapaz de aceptar —y mucho menos de llevar a cabo— incluso las reformas más moderadas en dirección a la soberanía nacional y el desarrollo del país.

Tanto es así que respondieron a estas leyes nacionalistas moderadas iniciando los preparativos para derrocar a Chávez mediante un golpe militar, con la plena participación del imperialismo estadounidense (y, en menor medida, español), que se llevaría a cabo en abril de 2002.

Hasta ese momento, la historia no era nueva. Ha habido muchos gobiernos progresistas en América Latina que han sido elegidos por las masas en elecciones democráticas y han intentado llevar a cabo reformas democráticas y progresistas en favor de los trabajadores y los campesinos, que luego se han enfrentado a sabotajes, golpes de Estado, intervenciones y asesinatos respaldados por Estados Unidos para destruirlos.



Chávez regresando a la presidencia tras el fracaso del golpe de Estado de 2002

Opuesto: Petare, un barrio de Miranda, Gran Caracas

El golpe de Estado en Venezuela se llevó a cabo con éxito en un primer momento. Se instaló un nuevo gobierno, encabezado por Pedro Carmona, líder de la federación empresarial. Los medios de comunicación capitalistas de todo el mundo lo celebraron. Pensaban que habían vuelto a ganar.

Cuatrocientos representantes de la clase dominante —banqueros, editores de periódicos y propietarios de cadenas de televisión, terratenientes, la jerarquía de la Iglesia católica, los líderes de la Cámara de Comercio Americano-Venezolana, de colegios profesionales y asociaciones— se reunieron en el Palacio de Miraflores para la toma de posesión de Pedro Carmona. Aclamaron mientras decretaban la abolición de la Constitución de 1999 y las Leyes Habilitantes de Chávez, y disolvían todos los poderes democráticos.

Lo que fue diferente en Venezuela es que, en el espacio de cuarenta y ocho horas, entre el 11 y el 13 de abril, las masas salieron a las calles, se movilizaron en gran número, rodearon el palacio presidencial y los cuarteles militares clave y, mediante su acción directa, lograron influir en sectores importantes de las fuerzas armadas y la guardia presidencial, y restaurar al presidente que habían elegido.

Estas extraordinarias escenas de contrarrevolución y revolución fueron captadas por un equipo documental irlandés

que se encontraba allí filmando un documental sobre Hugo Chávez y su Revolución Bolivariana. *La revolución no será transmitida* es una película imprescindible si se quiere comprender los acontecimientos trascendentales del golpe de Estado de 2002 y la respuesta de las masas.

En su discurso *En defensa de octubre*, León Trotski afirma que «la intervención activa de las masas en los acontecimientos históricos es, de hecho, el elemento más indispensable de una revolución»[2]. Esto es exactamente lo que ocurrió en Venezuela el 13 de abril de 2002.

La movilización de las masas tuvo lugar a pesar del bloqueo informativo total de los medios de comunicación sobre lo que realmente estaba ocurriendo. Tanto los canales de televisión privados como los estatales emitían dibujos animados mientras cientos de miles de personas salían a las calles. Las masas se valieron del boca a boca y de las emisoras de radio locales para difundir la noticia del secuestro del presidente y convocar una movilización masiva.

Cabe señalar que, en ese momento, aún no se había logrado ninguno de los avances materiales de la revolución. Estos llegaron más tarde. Lo que movió a las masas a desafiar el golpe no fue solo el hecho de que en Venezuela hubiera un presidente progresista que intentaba llevar a cabo reformas progresistas. De hecho, se estaba desarrollando un proceso revolucionario, caracterizado principalmente por la irrupción de las masas en la escena política. Fue debido a este proceso que las masas se movilizaron instintivamente contra el golpe.

La primera respuesta de Chávez tras el golpe de abril fue de conciliación. No se esperaba el golpe; le había sorprendido. Llamó al diálogo con la oposición contrarrevolucionaria y proimperialista. Se establecieron varias mesas de negociación. Ninguno de los golpistas fue llevado ante la justicia, ya que el Tribunal Supremo, repleto de jueces del antiguo régimen, dictaminó que en realidad no había habido un golpe de Estado, sino un «vacío de poder» que Pedro Carmona había llenado por casualidad.

Pero mientras Chávez no abandonara todo su programa de reformas, la clase dominante no estaba dispuesta a conciliar. Inmediatamente comenzaron a tramar un nuevo intento contrarrevolucionario. Este tomó la forma de un motín de oficiales militares reaccionarios, que establecieron su campamento en la plaza Altamira, en el rico distrito oriental de Caracas, seguido de un cierre patronal y sabotaje de la empresa petrolera estatal PDVSA, que duró dos meses.

El objetivo era asestar un golpe mortal al gobierno cortando su principal fuente de ingresos. De una producción previa al cierre patronal de 3,2 millones de barriles diarios, la producción se redujo a menos de 50.000 barriles diarios, lo que causó daños por valor de miles de millones de dólares a PDVSA y a la economía venezolana en su conjunto.

RADICALIZACIÓN

Este fue otro punto de inflexión en la Revolución Bolivariana. El látigo de la contrarrevolución impulsó la revolución hacia adelante. Con un fino instinto de clase, las masas volvieron a entrar en acción. Los trabajadores petroleros tomaron las instalaciones de PDVSA y reiniciaron la producción bajo control obrero. La clase trabajadora y los barrios pobres salieron a proteger las instalaciones petroleras contra el sabotaje, en colaboración con elementos leales de la Guardia Nacional y el ejército.

La dirección burocrática de la antigua federación sindical, CTV, se unió al cierre patronal. El líder de la CTV, Carlos Ortega, apareció en conferencias de prensa diarias con Carlos Fernández, líder de Fedecámaras, la confederación patronal.

Al otro lado de las barricadas, los sindicalistas de base organizados en torno a la lucha de clases se movilizaron para contraatacar. En el bastión industrial de Valencia, los trabajadores amenazaron a los fabricantes de automóviles privados con ocupar las fábricas si detenían la producción. Miles de trabajadores de las gigantescas acerías de SIDOR emprendieron acciones directas para garantizar el suministro de gas a sus instalaciones, sin el cual los enormes hornos habrían sufrido daños.

La experiencia del control obrero en PDVSA, una empresa muy compleja que funciona con procesos informatizados y tecnológicamente avanzados, fue un punto álgido del poder de la clase obrera y el ejemplo más avanzado de control obrero en todo el mundo en el siglo XXI. Los trabajadores petroleros de Venezuela demostraron en la práctica que los trabajadores no necesitaban jefes ni gerentes burgueses para dirigir la industria más avanzada del país.

La derrota del cierre patronal de 2002-2003 abrió el camino para una mayor radicalización de la Revolución Bolivariana. Vale la pena mencionar algunos de los hitos más importantes:

- En 2004, Chávez declaró el carácter «antiimperialista» de la revolución.
- En enero de 2005, Chávez decretó la nacionalización de dos fábricas privadas que habían sido ocupadas por los trabajadores: Venepal (una fábrica de papel en Aragua) y CNV (una fábrica que fabrica y repara válvulas para la industria petrolera en Los Teques, Miranda). Insistió en que no se trataba de una nacionalización normal, sino que las fábricas debían ser gestionadas por los propios trabajadores.
- En enero de 2005, Chávez declaró por primera vez que los objetivos de la revolución sólo podían alcanzarse superando el capitalismo y avanzando hacia el socialismo. Sobre esta base, obtuvo una victoria aplastante en las elecciones presidenciales de 2006.
- En febrero de 2005, Chávez dio luz verde a la introducción de la gestión



Mítin de la campaña de reelección de Chávez, 4 de octubre de 2012 (AP/Rodrigo Abd)

obrera en la fundición de aluminio estatal ALCASA.
- En 2007 se creó el Partido Socialista Unido de Venezuela (PSUV), al que se afiliaron más de 5 millones de personas.
- En 2008, Chávez renacionalizó SIDOR, la gigantesca siderúrgica del estado de Bolívar. Una vez más, insistió en que se introdujera la gestión obrera.
- En 2009, pidió la creación de una Quinta Internacional, aunque la iniciativa no llegó a buen puerto debido al sabotaje de los estalinistas y la burocracia.

La radicalización de Chávez y de las masas fue de la mano y se alimentó mutuamente. A medida que Chávez sacaba conclusiones más radicales, tanto de su propia experiencia debido a los ataques del imperialismo y la clase dominante, como a raíz de sus propias lecturas, las masas se volvían más entusiastas y atrevidas en sus acciones. A medida que los trabajadores y los campesinos emprendían acciones directas, Chávez se inspiraba en ellos y, en muchas ocasiones, legalizaba lo que ya se había hecho en la práctica.

Mientras tanto, el gobierno, utilizando los ingresos de la industria petrolera, puso en marcha una serie de «misiones sociales» relacionadas con la sanidad, la educación, la alfabetización, las pensiones y la vivienda, que transformaron la vida de millones de personas de la clase trabajadora. Se envió a médicos cubanos a los barrios pobres para proporcionar atención sanitaria básica; se matriculó a cientos de miles de personas en la educación, desde la primaria hasta la universidad, de forma gratuita; se enseñó a leer y escribir a más de un millón de personas, erradicando así el analfabetismo.



UNA REVOLUCIÓN INCONCLUSA

A pesar de haber logrado estas importantes reformas, la cuestión crucial a lo largo de este período es la siguiente: la revolución nunca se completó. A pesar de todos los discursos y declaraciones sobre el socialismo, la economía siguió siendo capitalista. A pesar de las profundas reformas democráticas, la creación de consejos comunales y los llamamientos de Chávez a la destrucción del Estado burgués, el aparato estatal siguió siendo el de un Estado capitalista y nunca fue destruido y sustituido por un Estado obrero.

Ante el sabotaje de la economía por parte de la clase dominante, que se expresó en forma de fuga de capital, huelga de inversiones, acaparamiento, especulación y otras prácticas, la revolución no respondió con la nacionalización de los sectores clave de la economía y la planificación democrática, sino con un intento de regular el capitalismo mediante controles estatales. Así, se impusieron controles de divisas, controles de precios y muchos otros.

Esto creó una situación que Alan Woods describió como «el peor de todos los mundos».[3] No se permitió que la economía de mercado capitalista funcionara «normalmente», pero tampoco fue sustituida por un sistema de propiedad común y planificación democrática.

Los controles de divisas se convirtieron en un mecanismo a través del cual los capitalistas, los especuladores privados y otros ladrones similares adquirían dólares con tasas preferenciales (destinados a la importación de piezas y suministros para industrias clave) y luego los vendían en el mercado negro, embolsándose la diferencia. Para mantener una tapadera, algunos recurrieron a importar contenedores llenos de chatarra barata, mientras que la mayor parte de los dólares preferenciales se desviaban. El exministro de Finanzas Jorge Giordani estimó que la cantidad de dinero robada a través de este mecanismo supera los 300.000 millones de dólares estadounidenses.

Por supuesto, junto a esto, floreció toda una «industria» en la que los funcionarios de aduanas, los encargados de asignar los dólares para la importación y cualquier persona involucrada en la gestión de los controles de divisas ofrecían sus servicios (a cambio de una tarifa) a quienes estaban agotando las reservas de divisas del país.

Los controles de precios, en lugar de proteger el nivel de vida de las familias de la clase trabajadora, llevaron a los productores y distribuidores capitalistas de alimentos y otros productos básicos a retirarlos del mercado y venderlos a precios mucho más altos en el mercado negro. Los productores capitalistas encontraron todo tipo de formas de eludir la regulación de precios. Si se regulaba el precio del arroz, producían variedades aromatizadas o coloreadas que no estaban sujetas a la regulación de precios.

Tan pronto como un producto se incluía en la lista de regulación de precios, desaparecía de los supermercados y las tiendas, para reaparecer en el mercado negro. El Estado se vio obligado a importar grandes cantidades de alimentos y venderlos a precios subvencionados, un proceso que, a su vez, fue fuente de una corrupción masiva.

Mientras tanto, el conglomerado Empresas Polar conservaba el monopolio virtual de la fabricación y distribución de alimentos. A pesar de las pruebas evidentes de que estaban involucrados en la manipulación de precios, la especulación, la usura y el sabotaje, nunca fueron nacionalizados. Los propietarios, la familia Mendoza, participaron en casi todos los intentos contrarrevolucionarios de derrocar al gobierno democráticamente elegido.

La vieja máxima se confirmó en la práctica: no se puede planificar lo que no se controla, y no se controla lo que no se posee.

La expropiación del capitalismo en Venezuela habría estado plenamente justificada, incluso desde un punto de vista puramente democrático. Si se hubiera tomado la lista de asistentes que participaron en la toma de posesión del presidente golpista Pedro Carmona en 2002 y se les hubiera confiscado sus propiedades, el capitalismo se habría abolido de un solo golpe.

Chávez llevó a cabo nacionalizaciones, algunas de ellas significativas, como las de la banca, las telecomunicaciones, el cemento, el acero y la electricidad. Pero se trataba de medidas fragmentarias, y los

sectores clave de la economía seguían en manos privadas, hasta tal punto que era imposible llevar a cabo una planificación democrática de la economía.

En relación con la cuestión del Estado, la situación era similar. Durante un tiempo, se llevó a cabo una purga sustancial del antiguo aparato estatal. Los oficiales del ejército abiertamente reaccionarios se retiraron del ejército durante el campamento de la plaza Altamira en diciembre de 2002. Otros se jubilaron anticipadamente. Se incorporaron activistas revolucionarios a los diferentes ministerios e incluso a la Policía Metropolitana de Caracas, la Guardia Nacional, etc.

Se podría decir que la clase dominante había perdido *en parte el control directo* sobre su propio aparato estatal. Sin embargo, la estructura de ese aparato estatal seguía siendo básicamente la misma. Era un aparato estatal capitalista, dominado por una burocracia no elegida y que no rendía cuentas. Los trabajadores y campesinos venezolanos no controlaban el aparato estatal, ni siquiera en el momento álgido del proceso revolucionario.

El ejército, aunque parcialmente purgado y sin duda infectado por el contagio de la revolución, seguía siendo una estructura jerárquica y vertical. A pesar de algunos pasos dados hacia la creación de una milicia y de los rumores sobre armar al pueblo, el ejército capitalista permaneció intacto.

La burocracia estaba compuesta por elementos de la antigua burocracia estatal que simplemente cambiaron de color y ahora vestían camisas rojas, así como por una capa de advenedizos y arribistas que ascendían en las filas del propio movimiento.

Y esta burocracia actuó con todas sus fuerzas para sabotear los aspectos más radicales de la Revolución Bolivariana. Muchas veces eso significó un sabotaje directo de las instrucciones dadas por el presidente Chávez. El oficial del ejército de izquierda y político revolucionario Müller Rojas advirtió una vez que el presidente estaba «sentado en un nido de escorpiones», y no se equivocaba.[4]

A veces parecía como si Chávez estuviera en la cima, las masas revolucionarias en la base y, en medio, una masa de burócratas conspiradores que actuaban como un enorme freno a la revolución.



Marcha por el control obrero, 26 de julio de 2011 (AVN)

El Complejo Refinador de Amuay (Génesis García)

Al final de su vida, Chávez parecía haberse dado cuenta de esto. Pronunció una serie de discursos en los que expresó su frustración. Uno de ellos fue un discurso ante el Consejo de Ministros en 2012, que fue retransmitido en directo por televisión y se conoció como «*Golpe de timón*».

En estos discursos se quejaba de que en Venezuela se llamaba «socialista» a muchas cosas (una fábrica socialista, una rotonda socialista), pero eso no reflejaba la situación real, solo era poner etiquetas a las cosas. «No podemos seguir construyendo fábricas que, en realidad, son islas en un mar de capitalismo, porque acabarán ahogándose».[5]

En cuanto al Estado, insistió en que el antiguo Estado capitalista tenía que ser «pulverizado», convertido en polvo, y sustituido por lo que él denominaba un «Estado comunal». Pero, de nuevo, se quejó: «Hablamos de las comunas, pero ¿dónde están?».[6]

Con la muerte de Chávez, todas las contradicciones se acentuaron y la burocracia reformista y contrarrevolucionaria logró tener vía libre.

COLAPSO ECONÓMICO

Durante un tiempo, los altos precios del petróleo (que alcanzaron los 100 e incluso los 120 dólares por barril) ocultaron la cuestión crucial de la necesidad de expropiar a la clase dominante. Parecía posible llevar a cabo un programa de reformas sociales masivas sin expropiar por completo a la clase dominante, aunque incluso esto se hizo a un costo muy alto en términos de mala gestión, corrupción, sabotaje, etc. Existía la ilusión de que el «socialismo petrolero» era posible. En efecto, esa era una versión del reformismo, cambiar el sistema poco a poco sin tocar la propiedad privada de los medios de producción.

Chávez estaba rodeado de todo tipo de «asesores» que promovían todo tipo de ideas confusas, bajo el disfraz del «socialismo del siglo XXI». Todos ellos eran reformistas de un tipo u otro y se oponían firmemente a cualquier idea de abolir el capitalismo.

Una vez que el precio del petróleo se desplomó, la ilusión se hizo añicos y la realidad se impuso. El impacto de la crisis capitalista de 2008 se atenuó en América Latina, porque la economía china siguió creciendo y, por lo tanto, siguió absorbiendo grandes cantidades de materias primas y fuentes de energía del continente. Pero en 2014, China se desaceleró, el



precio del petróleo cayó repentinamente a un mínimo de 27 dólares por barril, lo que tuvo un impacto masivo en la economía venezolana.

El presidente Nicolás Maduro estaba ahora al mando. Tras la muerte de Chávez, se celebraron nuevas elecciones presidenciales en abril de 2013, que Maduro ganó por un estrecho margen (1,5 puntos porcentuales). En ese momento se le consideraba el sucesor de Chávez, quien lo había ungido como tal justo antes de su muerte.

La primera reacción de Maduro ante la caída de los precios del petróleo fue continuar con la política anterior de gasto social masivo. Dado que los ingresos del Estado se habían reducido drásticamente, esto provocó un enorme déficit fiscal. El Estado siguió financiando el gasto y el pago de la deuda externa mediante la impresión de dinero, lo que provocó una expansión sin precedentes de la oferta monetaria en un momento en que la economía sufría una fuerte contracción.

Inevitablemente, esto se tradujo en una inflación masiva y, posteriormente, en hiperinflación. Durante varios años, el Banco Central de Venezuela (BCV) dejó de publicar las cifras económicas oficiales, pero cuando reanudó su publicación tuvo que admitir un periodo de cuatro años de hiperinflación entre 2017 y 2022. Según las cifras oficiales, la inflación alcanzó su punto álgido en 2018, con un 130.000 % anual. El BCV estimó que la inflación oficial acumulada entre 2016 y abril de 2019 fue del 53 798 500 %.

La economía se contrajo un 50 % entre 2013 y 2018, según cifras oficiales. El BCV nunca ha publicado una serie completa de crecimiento del PIB para todo el período, pero según las estimaciones del FMI, la economía se desplomó alrededor de un 75 % entre 2013 y 2021.

El colapso de la economía venezolana en este período debería ser una lección saludable para los defensores de la Teoría Monetaria Moderna y otras variantes de la economía keynesiana. La financiación del déficit —la impresión de dinero sin ningún respaldo real en el crecimiento económico— conduce inevitablemente a la inflación. Seguir una política de este tipo a gran escala conduce a la hiperinflación y a un colapso económico espantoso.

La clase trabajadora venezolana pagó un precio muy alto por estos experimentos keynesianos. Con el colapso de la moneda, muchos productos básicos y alimentos que se importaban dejaron de estar disponibles. Millones de personas se vieron obligadas a emigrar: hasta 8 millones en un período de diez años, de una población total de 30 millones. Bajo Chávez, la mayoría de los que abandonaron el país eran reaccionarios de clase alta y media desmoralizados por el avance de la revolución, que se trasladaron a Miami, Alberta o Madrid. Ahora, los que se vieron obligados a marcharse eran principalmente migrantes económicos de clase trabajadora, que acabaron siendo explotados por una miseria en otros países latinoamericanos.

Los que se quedaron en Venezuela sufrieron hambre y desnutrición, el impacto combinado de la escasez y el colapso del poder adquisitivo de los salarios y las pensiones. Los peores años de la crisis se conocieron como los «años del mango», ya que mucha gente sobrevivía gracias a los frutos de los mangos que crecían en las calles, los parques públicos y las plazas.

La crisis económica se agravó con la imposición de sanciones por parte de Estados Unidos. Aunque estas ya habían comenzado en 2005, fue con la primera administración Trump cuando las sanciones unilaterales de Estados Unidos comenzaron a tener un grave impacto en la economía venezolana. En 2017, Washington prohibió a Venezuela el acceso a los mercados financieros estadounidenses, en 2018 prohibió la compra de deuda venezolana y en enero de 2019 impuso sanciones totales a PDVSA.

Este estricto régimen de sanciones limitó la capacidad del Gobierno venezolano para financiar su deuda y exportar petróleo, lo que supuso un doble golpe para los ingresos del Estado. Además, los fondos venezolanos en el extranjero fueron congelados o confiscados, no solo en Estados Unidos, sino también en Gran Bretaña, donde el Banco de Inglaterra confiscó 31 toneladas de reservas de oro venezolanas que estaban depositadas en Londres.

Es importante señalar que se trataba de una política bipartidista, no solo un capricho del presidente Trump. De hecho, la base jurídica de las sanciones de Trump fue establecida por la Orden Ejecutiva 13692 de Obama, de marzo de 2015, que declaraba que la situación en Venezuela constituía «una amenaza inusual y extraordinaria para la seguridad nacional y la política exterior de los Estados Unidos».

LA CONTRARREVOLUCIÓN AVANZA

Cada vez más, las masas revolucionarias fueron empujadas a un lado y la dirección recurrió cada vez más al uso del aparato estatal, el sistema judicial y la represión policial para mantenerse en el poder. A pesar de ello, el carácter descarado y provocador de la oposición reaccionaria siguió provocando una reacción de las masas en momentos cruciales.

Ya en 2015, esto, junto con la crisis económica, comenzó a tener un impacto político. En diciembre de ese año, las fuerzas de la Revolución Bolivariana perdieron las elecciones a la Asamblea Nacional, con la oposición reaccionaria obteniendo el 56 % de los votos y la coalición del PSUV el 40 %.

Esto supuso una seria advertencia. Con la excepción del referéndum sobre la reforma constitucional de 2007, que el chavismo perdió por un estrecho margen (menos de un punto porcentual), la Revolución Bolivariana nunca había perdido unas elecciones.

Los resultados fueron un shock para las bases chavistas. Además, la oposición reaccionaria se comportó de manera extremadamente provocadora. Cuando tomaron el control de la Asamblea Nacional en enero de 2016, procedieron inmediatamente a retirar el retrato de Simón Bolívar de la cámara, revelando su verdadera naturaleza como lacayos del imperialismo. En algunos lugares, las clínicas de salud comunitarias, atendidas por médicos cubanos, fueron atacadas.

En respuesta, se produjeron manifestaciones y concentraciones espontáneas en defensa de la revolución. Estas fueron extremadamente críticas con la burocracia al frente del PSUV y del Gobierno, a la que muchos activistas revolucionarios consideraban responsable de la derrota. Mientras las masas exigían una radicalización de la revolución, la burocracia tomó el camino contrario.





Nicolás Maduro en 2016 (Eneas De Troya)

Opuesto: Marcha Campesina Admirable enfrentada por la Policía Nacional Bolivariana (PNB), 1 de agosto de 2018 (Utopix/Cacica Honta)

Envalentonada por su victoria, la oposición lanzó una campaña para un referéndum revocatorio presidencial, un derecho democrático otorgado por la Constitución Bolivariana de 1999. Como era de esperar, no siguieron el procedimiento adecuado, falsificaron firmas y, finalmente, el proceso fue cancelado.

Además, la Asamblea Nacional de la oposición desafió una sentencia del Tribunal Supremo que anulaba el mandato de cuatro legisladores (tres de la oposición) del estado de Amazonas por acusaciones de compra de votos. Este desafío llevó al Tribunal Supremo a declarar a toda la legislatura en «desacato». Se produjo entonces un conflicto de legitimidad, ya que la Asamblea Nacional fingía seguir teniendo un mandato legal.

En 2017, la oposición contrarrevolucionaria respondió una vez más con una campaña de disturbios callejeros (guarimbas), como parte de un intento violento de derrocar al Gobierno. Se atacaron e incendiaron símbolos de los logros sociales de la revolución, como clínicas de salud, escuelas y emisoras de radio comunitarias.

En una de las protestas, Orlando Figuera, un joven de 22 años, fue atacado por una turba reaccionaria que pensaba que era un chavista o un malandro), lo que a los ojos de la oposición reaccionaria de clase alta y media es lo mismo. Le apuñalaron varias veces y luego le prendieron fuego. Murió a causa de sus heridas unos días después. Este incidente lo dice todo sobre el carácter de la oposición «democrática» venezolana y las protestas de guarimba de 2017.

Finalmente, las masas revolucionarias respondieron con manifestaciones masivas y tomando medidas directas para despejar las barricadas y los bloqueos de carreteras de la oposición, que les impedían llevar a cabo sus actividades cotidianas. Hubo una participación masiva en las elecciones a la Asamblea Constituyente de 2017, ya que los trabajadores y los campesinos las vieron como una oportunidad para recuperar el control y cambiar el rumbo hacia una radicalización de la revolución. Se sintieron profundamente decepcionados cuando la burocracia mantuvo un firme control sobre la Asamblea, que se convirtió en un foro de debate vacío e ineficaz.

Vimos el mismo fenómeno en 2019, en el siguiente intento del imperialismo estadounidense y la reacción venezolana de aplastar la revolución. En ese momento, el líder de la oposición Juan Guaidó se autoproclamó presidente legítimo de Venezuela en una manifestación callejera, y fue inmediatamente reconocido como tal por Washington y las capitales europeas. Se produjo una nueva ronda de violentas manifestaciones reaccionarias y, una vez más, las masas revolucionarias salieron a las calles para derrotarlas.

No se puede culpar al sano instinto revolucionario antiimperialista de clase de las masas. Mientras tanto, la dirección llevaba a cabo una contrarrevolución silenciosa. Todo tiene sus límites y, al final, el espíritu revolucionario de las masas fue aplastado por la burocracia, lo que condujo al cinismo, el desánimo y la desilusión.

EL PUNTO DE INFLEXIÓN DE 2018

Por supuesto, como hemos explicado, ya existía una burocracia reformista bajo Chávez, que desempeñaba un papel contrarrevolucionario. Pero en ese momento, el equilibrio de fuerzas era más favorable a las masas revolucionarias, y Chávez intervenía una y otra vez para impulsar toda la situación.

Ya en 2012, cuando Chávez se sometía a un tratamiento contra el cáncer en Cuba, la burocracia se movió para destruir los elementos de control y gestión obreros que existían en muchas de las empresas estatales y nacionalizadas.

Este fue particularmente el caso de la CVG, un conglomerado industrial en el estado sureño de Bolívar, que incluía la mayoría de las industrias pesadas (Alcasa, Sidor, Ferrominera, etc.). En una reunión con representantes de los trabajadores en 2010, Chávez había declarado el Plan Guayana Socialista, que incluía elementos de gestión obrera, como el derecho de los trabajadores a elegir a los presidentes de las empresas entre sus filas.

Todo el proceso tenía graves deficiencias, pero, no obstante, representaba un paso en la dirección correcta. Los trabajadores lo veían como una forma de tomar el control de las industrias pesadas de Guayana, que se habían visto afectadas por la corrupción, la mala gestión y la burocracia.

En cuestión de meses, la acción conjunta de la burocracia estatal, la policía, el gobierno regional y elementos de la antigua dirección, destituyó a todos los presidentes trabajadores y acabó con toda la experiencia. El proceso fue dirigido directamente por Nicolás Maduro, que por entonces se había convertido en vicepresidente, y fue llevado a cabo por la facción sindical burocrática que él había liderado, la Fuerza Socialista Bolivariana de Trabajadores (FSBT).

En otras empresas nacionalizadas que habían estado bajo alguna forma de control y gestión obrera, los presidentes obreros fueron destituidos y sustituidos por oficiales militares, que en la mayoría de los casos procedieron a saquear los activos de las empresas y a llenarse los bolsillos. Algunas de estas empresas quebraron y acabaron siendo privatizadas.

Decenas de empresas nacionalizadas por Chávez fueron devueltas a sus propietarios privados, entre ellas Fama de América, Abastos Bicentenario, Agropatria, los ingenios azucareros, Teleférico Warairа Repano, Lácteos Los Andes, Arroz del Alba, Complejo Porcino Barinas y Agroinlaca, entre otras.

Hubo resistencia, pero fue en su mayor parte aislada y, en última instancia, ineficaz. Este proceso tuvo lugar en todos los niveles de la organización revolucionaria. Dentro del propio PSUV, en los medios de comunicación estatales, en las organizaciones de base... todas las vías que las masas revolucionarias habían utilizado para participar directamente e intentar tomar las riendas fueron bloqueadas sistemáticamente.

Este proceso tuvo varios puntos de inflexión, pero quizás el momento clave fue en 2018. Las condiciones de vida de las masas se habían deteriorado tanto, y las políticas de la burocracia «bolivariana» —que muchos describían como una nueva «boli-burguesía»— eran tan contrarrevolucionarias, que se extendió un clima de oposición entre las bases chavistas. Así, hubo intentos de organizar una oposición a la izquierda del gobierno y la dirección.

En diciembre de 2017, varios candidatos revolucionarios se presentaron como oposición de izquierda a los candidatos oficiales del PSUV. La burocracia utilizó todo el poder del aparato estatal (los medios de comunicación estatales, los organismos electorales, el sistema judicial) para impedir que tuvieran eco y, cuando eso fracasó, simplemente se negó a reconocer su victoria.

El exministro de Comercio, Eduardo Samán, conocido por su feroz oposición a los capitalistas y las multinacionales, se presentó como candidato en Caracas al consejo del Libertador, que abarca la

mayor parte del centro de la ciudad y los y pobres del oeste. El Estado maniobró para que su nombre no apareciera en las papeletas electorales y se dieron instrucciones para que no se le diera cabida en ninguno de los medios de comunicación estatales.

Aún más escandalosos fueron los casos de los candidatos revolucionarios de izquierda que se presentaron en el municipio Libertador de Monagas (Régulo Reyna) y en el municipio Simón Planas de Lara (Ángel Prado).

Régulo Reyna, respaldado por el Partido Comunista, obtuvo un 62 % de los votos, frente al 30 % del candidato del PSUV. Sin embargo, fue descalificado por el Consejo Nacional Electoral (CNE) por ser miembro de la Asamblea Constituyente y, por lo tanto, no poder presentarse a las elecciones municipales. Curiosamente, el CNE solo se enteró de este conflicto después de que ganara las elecciones, derrotando al candidato oficial del PSUV.

En Simón Planas, el candidato revolucionario de izquierda Ángel Prado obtuvo el 57 % de los votos frente al 34 % del PSUV, ¡a pesar de que su nombre no aparecía en las papeletas! Sus victorias nunca fueron reconocidas.

La situación en el campo estaba llegando a un punto crítico. Se formó una alianza impía entre funcionarios locales corruptos encargados de la reforma agraria, la guardia nacional, jueces locales, antiguos terratenientes cuyas tierras habían sido expropiadas y nuevos aspirantes a terratenientes de la «boli-burguesía». Actuaron para quitarles la tierra a las comunas campesinas, con el fin de impedir nuevas ocupaciones de tierras en barbecho. En el proceso, no dudaron en utilizar todos los medios a su alcance para aplastar el movimiento campesino revolucionario, incluido el asesinato selectivo de sus líderes.

Cientos de campesinos se organizaron y emprendieron a pie una marcha de 400 km hasta la capital —la Admirable Marcha Campesina— para exigir tierras y el fin del *sicariato*, el asesinato de activistas campesinos por pistoleros a sueldo. Tres semanas más tarde, cuando finalmente llegaron a la capital, su camino fue bloqueado por la policía antidisturbios. Finalmente, la presión fue tan grande que el propio Maduro accedió a reunirse con ellos. Se hicieron muchas promesas, los campesinos regresaron a sus hogares y las promesas nunca se cumplieron.

Hasta ese momento, el gobierno había continuado más o menos con la misma política económica. Los controles y las regulaciones seguían existiendo, aunque muy debilitados. El enorme déficit fiscal se financiaba mediante la impresión de dinero, lo que a su vez alimentaba la hiperinflación. Entre la muerte de Chávez en 2013 y diciembre de 2017, la oferta monetaria aumentó nada menos que un 12 000 %. En un momento dado, el Gobierno no disponía del dinero necesario para comprar el papel de alta calidad necesario para imprimir billetes. La escasez de billetes, combinada con una inflación extraordinariamente alta, significaba que si se disponía del dinero en efectivo para comprar productos, se obtenía un descuento sustancial en el precio.

Las reservas del país se agotaron. Mientras tanto, el Gobierno siguió pagando su deuda a los inversores capitalistas extranjeros y nacionales.

La situación era insostenible. Las protestas económicas se extendían y amenazaban con convertirse en disturbios por alimentos. El espectro del *Caracazo* se cernía sobre el país. En ese momento, el Gobierno de Maduro decidió dar un giro radical a la política económica. Se abandonó el keynesianismo y la expansión monetaria y se introdujo un brutal paquete de medidas de ajuste monetarista. Los asesores rusos estuvieron en el país varias veces ese año y se dice que desempeñaron un papel importante en el diseño del plan. Anunciado en agosto de 2018, se le dio el nombre orwelliano de Programa de Prosperidad, Crecimiento y Recuperación Económica.

Se produjo una contracción repentina y brusca de la oferta monetaria. Como siempre ocurre, un choque monetarista significa que la clase trabajadora y los pobres son los que pagan el precio de la crisis. Los capitalistas habían trasladado todos sus activos a dólares hacía mucho tiempo.

El Gobierno emitió dos «instrucciones»: la Circular Memorándum 2792 y la Instrucción ONAPRE, que tuvieron como efecto la nivelación a la baja de los salarios de los trabajadores, la abolición de todos los derechos adquiridos y la destrucción de los derechos de negociación colectiva. A partir de entonces, el salario básico utilizado para calcular la remuneración de los trabajadores sería el salario mínimo. Dado que la mayoría de los trabajadores organizados habían conseguido salarios básicos varias veces superiores al salario mínimo, esto supuso una reducción salarial masiva. En el momento de la contrarreforma, el salario mínimo equivalía a 30 dólares al mes. A medida que la inflación continuaba, el 9 de enero de 2020 el salario mínimo mensual, teniendo en cuenta todos los aumentos que se habían producido, ascendía a solo 7,82 dólares.

Todas las bonificaciones y prestaciones adicionales adquiridas se consideraron sujetas a «revisión», en lugar de estar protegidas por la ley. En la práctica, los empleadores simplemente las derogaron. Con el pretexto de la «emergencia económica», todos los derechos de los trabajadores fueron destruidos de la noche a la mañana. En el sector público, el Gobierno impuso unilateralmente estas medidas perjudiciales sin consultar a los sindicatos y detuvo por completo las negociaciones colectivas, reconociendo así *de facto* la representación sindical.

AUMENTO DE LA REPRESIÓN

En ese momento, la clase trabajadora se enfrentaba a una desmoralización generalizada, al impacto de la grave crisis económica, a un éxodo masivo de sus filas, etc. Aun así, hubo cierta resistencia. Los activistas sindicales intentaron organizarse para defender sus derechos adquiridos. Cuando lo hicieron, se enfrentaron a una brutal represión estatal. Decenas de líderes sindicales fueron encarcelados, otros fueron amenazados con la legislación antiterrorista si emprendían acciones de huelga.

En varios casos, agentes de contrainteligencia militar o de la policía política enmascarados se llevaron a activistas sindicales en mitad de la noche para encarcelarlos. Se les negó el debido proceso, se violaron sus derechos democráticos y muchos pasaron varios años en la cárcel sin ser juzgados.

Uno de los casos más escandalosos fue el de Rodney Álvarez, trabajador de la planta de extracción y procesamiento de mineral de hierro Ferrominera del Orinoco, que fue encarcelado bajo falsos pretextos. Pasó once años en la cárcel esperando un juicio. Cuando finalmente se celebró, el juicio se vino abajo y tuvo que ser puesto en libertad sin cargos. Hubo muchos otros casos similares.



Tras varios años de esta brutal terapia de choque, la economía finalmente comenzó a recuperarse, pero solo después de un colapso del PIB de más del 75 %. Para entonces, la clase trabajadora se había atomizado y se había sometido por miedo.

La burocracia al frente del movimiento, tras haber perdido un importante apoyo popular, recurrió cada vez más a medidas represivas y al uso del aparato estatal para mantenerse en el poder.

Mientras tanto, la corrupción era rampante y los altos funcionarios del Estado y del partido se enriquecían. Los altos funcionarios del Estado y de la empresa petrolera eran denunciados regularmente por corrupción y encarcelados, otros se iban al extranjero. Más que una verdadera lucha contra la corrupción, se trataba de un caso de diferentes grupos de ladrones que se peleaban por el reparto del botín.

Quienes denunciaban esta situación eran encarcelados, como fue el caso de Aryenis Torrealba y Alfredo Chirinos, dos jóvenes activistas revolucionarios que trabajaban en PDVSA como ingenieros. Denunciaron un plan de corrupción dentro de la empresa y, como resultado, fueron condenados a cinco años de cárcel, acusados por el gobierno de «traición y entrega de secretos al enemigo». Después de tres años, tras pasar un año en la cárcel y dos bajo arresto domiciliario, fueron puestos en libertad sin cargos como resultado de una campaña de apoyo sostenida.

En 2020, varios partidos revolucionarios de izquierda decidieron crear una Alternativa Popular Revolucionaria (APR), con el objetivo de ofrecer una oposición electoral de izquierda al PSUV gobernante.

Para evitar que surgiera cualquier oposición desde la izquierda y las bases, el Estado también se embarcó en una campaña de destrucción y cooptación de los partidos políticos que consideraba un peligro potencial.

La burocracia estatal reaccionó con rapidez y, uno por uno, retiró el registro electoral a todos los partidos que podían haber ofrecido una vía para la oposición de izquierda. Este fue el caso de los Tupamaros, la UPV de Lina Ron y el PPT. El método utilizado consistió en provocar una escisión dentro de estas organizaciones, comprar a una parte de ellas y luego transferirles el registro electoral.

Al final, este ataque a los derechos democráticos llegó al Partido Comunista de Venezuela (PCV). Este fue un hueso más difícil de roer, ya que el partido contaba con una militancia leal y resultó difícil encontrar una parte de su dirección que pudiera ser comprada. Esto no detuvo a la burocracia de Maduro.

En 2021, el PSUV perdió las elecciones a gobernador regional en Barinas, el estado natal de Chávez. Esto fue una muestra de lo impopular que se había vuelto Maduro como resultado de sus políticas contra la clase trabajadora y los pobres. El Estado decidió entonces inhabilitar al candidato opositor ganador, después de que se anunciaran los resultados, y obligó a repetir las elecciones. El candidato del Partido Comunista, al que se le había permitido presentarse la primera vez, fue ahora también descalificado sin dar ninguna razón, para evitar que los votos potenciales del PSUV fueran a parar al PCV. Aun así, la oposición reaccionaria ganó la repetición.

En 2023, crearon un falso Congreso del PCV compuesto por personas que no eran miembros, muchas de las cuales trabajaban para el Estado y otras que eran miembros de partidos rivales progubernamentales. A continuación, consiguieron que el Tribunal Supremo nombrara a los «dirigentes» elegidos en este «congreso» como representantes genuinos y legales del partido, otorgándoles el control del registro electoral del PCV.

La burocracia estatal no se detendría ante nada para permanecer en el poder, ya que este era la fuente de enormes privilegios y riqueza.

Para entonces, quedaba muy poco o nada de la Revolución Bolivariana. El control y la gestión obreros, tal y como existían, habían sido destruidos. En algunos casos, las colectividades campesinas habían sido expulsadas de las tierras expropiadas por Chávez, que estaban siendo devueltas a los terratenientes privados. Los derechos de los trabajadores habían sido destruidos y los activistas obreros encarcelados. A los partidos de izquierda se les habían quitado sus derechos electorales. Muchas empresas que habían sido nacionalizadas bajo Chávez ahora estaban siendo privatizadas.

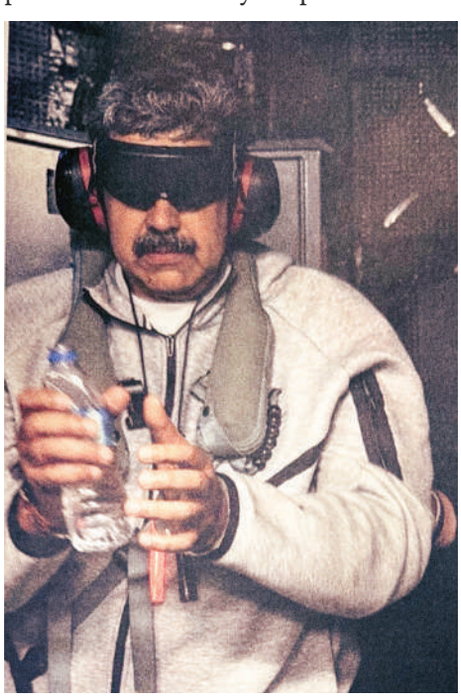
En 2020, la llamada Ley Anti-Bloqueo se utilizó para revocar las leyes de la era Chávez que consagraron la primacía de la empresa estatal PDVSA en la industria petrolera. La ley, que se aprobó con el argumento de la necesidad de eludir las sanciones, representó sin embargo un grave retroceso y supuso concesiones sustanciales a las empresas multinacionales.

La participación revolucionaria masiva de la clase trabajadora y las masas pobres que caracterizó a la Revolución Bolivariana se había desvanecido, debido a la desmoralización, el peso aplastante de la crisis económica y el control burocrático y la represión de sus organizaciones.

Incluso los logros materiales de la revolución en materia de educación, salud y otros ámbitos se estaban erosionando lentamente.

Se había completado un proceso de contrarrevolución termidoriana.* El mismo partido gobernante seguía en el poder. Maduro había sido elegido por Chávez para sucederle al frente del movimiento, que aún conservaba todas las apariencias de la Revolución Bolivariana. En ocasiones, afirmaba seguir el legado de Chávez y hablaba de «bolivarianismo» e incluso de «socialismo». Pero el contenido era completamente diferente. De hecho, era todo lo contrario.

El hecho de que esta contrarrevolución se hubiera llevado a cabo bajo la bandera del «socialismo», el «bolivarianismo» y el «chavismo» tuvo un efecto profundamente negativo, ya que desacreditó





* De la «Reacción Termidoriana» en la Revolución Francesa del siglo XVIII, que comenzó el 27 de julio de 1794 (9 de Termidor en el efímero calendario revolucionario) cuando los *montagnards* —la facción más radical de los jacobinos— fueron derrocados.
Muchos de los «termidorianos» eran desertores jacobinos que, aunque luchaban por restaurar el orden y revertir las políticas más avanzadas del régimen revolucionario, defendían la República Francesa.

ampliamente estas ideas a los ojos de millones de personas, que ahora las identificaban con un espantoso colapso de la economía y un régimen represivo.

Al final del proceso, lo que teníamos en Venezuela era un régimen burgués-bonapartista, basado en el control del aparato estatal y solo de forma residual en la lealtad de un sector de la clase obrera y los pobres hacia la memoria de Chávez y su instinto antiimperialista. La Revolución Bolivariana había desaparecido.

La Corriente Marxista Internacional (como se conocía a la Internacional Comunista Revolucionaria anteriormente) había desempeñado un papel clave en la organización de la solidaridad internacional con la Revolución Bolivariana mediante el lanzamiento y la promoción de la campaña «Manos fuera de Venezuela». Nuestro apoyo a la Revolución Bolivariana siempre fue incondicional, pero también crítico.

La transformación de la Revolución Bolivariana en su contrario no cambió en nada nuestra posición de oposición principista e incondicional a la agresión imperialista contra Venezuela. Nuestro lema siguió siendo «¡Manos fuera de Venezuela!», ya que la cuestión aquí es la injerencia imperialista de la potencia más poderosa y reaccionaria de la Tierra en los asuntos internos de una nación soberana de América Latina.

Independientemente de nuestra posición hacia el gobierno de Maduro, mantenemos nuestro rechazo a la agresión imperialista y la intimidación contra Venezuela. Es el pueblo de Venezuela quien debe decidir su propio futuro, libre de la intervención imperialista.

LAS LECCIONES DE LA REVOLUCIÓN BOLIVARIANA

La Revolución Bolivariana fue uno de los movimientos revolucionarios más inspiradores y radicales del siglo XXI. El equilibrio de fuerzas era extremadamente favorable a los trabajadores. Sin embargo, la revolución acabó siendo derrotada y revertida. Es importante comprender por qué y aprender las lecciones.

Hay dos lecciones principales que se pueden extraer de la Revolución Bolivariana, y están estrechamente relacionadas entre sí.

La primera es que la revolución nunca se completó, lo que tuvo consecuencias desastrosas. Se desafiaron el poder y los privilegios de la clase dominante, se llevó a cabo una expropiación parcial, pero nunca se derrocó el capitalismo. Los propietarios de los bancos, el capital, la industria y la tierra quedaron en gran medida intactos y utilizaron su poder económico para sabotear la economía a cada paso.

En lugar de completar la revolución con una expropiación total de la clase dominante y el imperialismo, una medida que habría contado con el apoyo entusiasta de la mayoría del pueblo, los líderes de la revolución aplicaron en la práctica una política de controles y regulaciones. Esto impidió el funcionamiento normal de la economía de mercado capitalista, pero no la sustituyó por un plan democrático bajo el control de los trabajadores. ¿Cómo podría hacerlo, si las palancas económicas clave seguían en manos privadas? Esto, junto con el sabotaje deliberado de la oligarquía y los ataques del imperialismo, condujo a la desorganización económica.



Chávez hablando en un mitin en Viena, 13 de mayo de 2006, organizado por la sección austriaca de Manos Fuera de Venezuela

Opuesto, izquierda: Nicolás Maduro a bordo del USS Iwo Jima tras ser capturado por el ejército estadounidense, 3 de enero de 2026

Opuesto, derecha: Delcy Rodríguez, actual presidenta encargada, 13 de enero de 2026

Mientras el precio del petróleo era alto, esta contradicción quedó enmascarada. Cuando se derrumbó, se reveló plenamente. La crisis económica que se desató bajo Maduro tenía sus raíces en el hecho de que la revolución no se había completado en el período anterior.

La clase dominante había perdido temporalmente el control del aparato estatal, pero en esencia seguía siendo el mismo, un instrumento en defensa de las relaciones de propiedad capitalistas. Bajo Maduro se fortaleció y se utilizó, brutalmente, contra cualquier amenaza al poder de la burocracia «bolivariana» por parte de los trabajadores y los campesinos.

Las políticas keynesianas ya no eran sostenibles. Las sanciones y el acoso imperialistas no dejaban margen de maniobra. La situación estaba en un callejón sin salida. Maduro y la burocracia eligieron el camino de la disciplina fiscal, creando las condiciones para la inversión privada y multinacional, haciendo que los trabajadores pagaran el precio mediante un choque monetarista, mientras se llenaban los bolsillos con las ganancias del poder.

Algunos pueden argumentar que no tenían otra opción. Eso es falso. Podrían haber optado por completar la revolución y expropiar a la clase dominante. Eso habría provocado una ira y una agresión aún mayores por parte del imperialismo, pero al mismo tiempo habría despertado un enorme entusiasmo entre las masas de trabajadores y campesinos de toda América Latina y más allá.

Las contradicciones tenían su origen en el hecho de que, bajo Chávez, la revolución nunca se completó. Llegó muy lejos. Hubo un proceso sin precedentes de radicalización y avance en la conciencia política entre amplios sectores de las masas revolucionarias. Pero nunca llegó hasta el final: el capitalismo nunca fue abolido. Eso, en última instancia, selló el destino de la revolución.

Esto nos lleva a la segunda lección. ¿Por qué fue así? ¿Qué faltaba?

No se puede culpar a las masas revolucionarias. En cada momento crucial demostraron un excelente instinto de clase. Mediante su acción directa derrotaron las conspiraciones contrarrevolucionarias de la oligarquía capitalista y el imperialismo. No una vez, ni dos, sino una y otra vez. Utilizaron su ingenio para avanzar, intentando tomar el poder en sus propias manos, y en muchos niveles lo consiguieron. Ocupaciones de fábricas, control y gestión obrera, comunas campesinas, organización vecinal, consejos comunales. Hicieron todo lo posible, demostrando, aunque de forma parcial, la capacidad de la clase trabajadora ordinaria para dirigir la sociedad. No se les podía pedir más.

En cuanto a Hugo Chávez, fue un líder honesto y valiente, comprometido con la causa del pueblo, capaz de sacar conclusiones muy avanzadas. Pero no era un marxista revolucionario, algo que él mismo admitió. A pesar de todas sus cualidades —y sin duda estaba muy por encima de cualquier otro líder de masas de izquierda del siglo XXI—, el hecho de que no fuera marxista significaba que había deficiencias y confusión en sus acciones.

Para que una revolución triunfe, no basta con que las masas sean valientes y avancen con decisión. No basta con tener un líder valiente. Estas cosas influyen, sin duda, y de manera muy importante, pero no son suficientes.

Lo que se necesita, y lo que faltaba en Venezuela, es un partido revolucionario armado con el poder de la teoría marxista. Un partido sirve como memoria viva de la clase trabajadora, como concentración de la experiencia de revoluciones anteriores, de victorias y derrotas anteriores, combinada con la comprensión científica de la sociedad y la lucha de clases que proporciona el marxismo.

Esa es la única garantía de victoria. Una revolución, por necesidad, es un período corto de tiempo, una ventana de oportunidad en la que el poder de la clase dominante se ve desafiado por la irrupción del movimiento de las masas. En todo caso, debido a la combinación de una serie de circunstancias particulares, la Revolución Bolivariana se prolongó notablemente. Pero, en última instancia, una revolución debe terminar o bien en la victoria de los oprimidos o bien en la derrota del movimiento por parte de la clase dominante.

La clase obrera aprende a través de la experiencia, y en el curso de una revolución su conciencia avanza a pasos agigantados. Pero no es posible que todas las lecciones necesarias se aprendan de manera espontánea, solo a través de la experiencia. En la *Historia de la Revolución rusa*, Trotski explica que la actividad espontánea de las masas no es suficiente para la victoria de la clase obrera. Sin una dirección revolucionaria de masas, la victoria no es posible:

> «Sin una organización que la guíe, la energía de las masas se disiparía como el vapor que no está encerrado en una caja de pistones».

Esta es posiblemente la lección más importante de la Revolución Bolivariana: *la necesidad de una dirección marxista revolucionaria*, un partido, que debe prepararse de antemano y no puede improvisarse en el fragor de los acontecimientos. Esta es la tarea que tenemos ante nosotros. Su cumplimiento es el mejor homenaje que podemos rendir a los hombres y mujeres que se levantaron y se atrevieron a intentar tomar las riendas de su futuro. ■

Referencias en línea
americasocialista.org
/amsoc43
o escanea el código QR



Análisis marxista fundamental, escrito a medida que se desarrollaban los acontecimientos

Nueva edición ampliada

Centro Marx
centromarx.org
/contactenos



Marcha progubernamental en el Día de la Juventud en Caracas, 12 de febrero de 2025 (AP/Matias Delacroix)



EL MURALISMO MEXICANO

UN ARTE NACIDO DE LA REVOLUCIÓN

El movimiento muralista fue uno de los fenómenos culturales más destacados de la Revolución mexicana. **Carlos Márquez** analiza la obra de «Los Tres Grandes» —Diego Rivera, José Clemente Orozco y David Alfaro Siqueiros— y cómo su arte reflejó las profundas transformaciones que se estaban produciendo en la sociedad en general.

La Revolución mexicana de principios del siglo XX supuso un punto de inflexión decisivo en la historia del país. No solo transformó profundamente la estructura social de México, sino que también sentó las bases para una revolución en el arte.

Nunca antes en la historia de México el arte había experimentado un florecimiento tan espléndido y radical como durante este período. Su máxima expresión se alcanzó con el movimiento del muralismo, cuyos gigantes fueron Diego Rivera, José Clemente Orozco y David Alfaro Siqueiros.

LA REVOLUCIÓN MEXICANA

La Revolución mexicana comenzó en 1910 en oposición a la dictadura del general Porfirio Díaz, cuyo régimen sometió al país al dominio de la oligarquía terrateniente y al imperialismo extranjero. En el campo prevalecían las relaciones sociales semifeudales. Alrededor de la mitad de la población rural estaba atada a las haciendas principalmente a través de la servidumbre por deudas. Al mismo tiempo, la industria comenzaba a desarrollarse, particularmente en la minería y los textiles, pero dependía en gran medida del capital extranjero.

La contradicción entre las necesidades objetivas del desarrollo capitalista, que apenas comenzaba, y el yugo de las relaciones semifeudales, preparó así el camino para una revolución social explosiva. Las tareas inmediatas de la revolución eran de carácter democrático-burgués: la expulsión de la dominación imperialista; la reforma agraria; y la formación de un Estado-nación independiente y unificado, liberado de cualquier atadura que impidiera el desarrollo del capitalismo.

Una parte de la burguesía quedó marginada del poder político y, por lo tanto, propuso reformas liberales. La situación llegó a un punto crítico en 1910, cuando un grupo de liberales burgueses hizo un llamado a la insurrección contra Díaz. Pero una vez movilizadas, las masas explotadas, en particular el campesinado, trajeron con ellos sus propias demandas y se convirtieron en la fuerza motriz de la revolución.

Toda la sociedad mexicana se vio sacudida en el proceso. Millones de pobres y oprimidos se levantaron y abrazaron ideas como el agrarismo radical, el anarquismo y, a partir de 1919, el comunismo.

Pancho Villa y Emiliano Zapata, dos de las figuras más destacadas de la revolución, lideraron cada uno sus propios y poderosos ejércitos campesinos: Villa en el norte y Zapata en el sur. Libraron una guerra revolucionaria, no solo contra el régimen de Díaz y sus sucesores, sino también contra las viejas relaciones sociales, al desmantelar las haciendas y redistribuir la tierra entre los campesinos.

La tendencia de la revolución que representaba a la burguesía emergente eran los constitucionalistas. Al destruir el antiguo régimen de Porfirio Díaz, entraron en conflicto con las fuerzas de Villa y Zapata. Las contradicciones de clase irreconciliables condujeron a otra guerra civil, que resultó en la derrota de Villa en 1915 y, posteriormente, de la comuna de Morelos (el gobierno campesino zapatista). Se formó una asamblea constituyente y se consolidó el poder del ala burguesa, con Venustiano Carranza, el líder constitucionalista, como presidente.

El hombre controlador del universo (1933), Diego Rivera







Sin embargo, la situación tras la guerra civil era inestable. Los sectores más radicales denunciaron al nuevo régimen por traicionar los ideales por los que habían luchado en la guerra civil. Mientras tanto, se produjeron brotes de combates y asesinatos, e incluso el establecimiento de gobiernos revolucionarios autónomos en algunas zonas, a medida que sectores de las masas buscaban profundizar la revolución. En efecto, la revolución aún estaba en curso.

En el mismo período, la Revolución rusa se convirtió en una fuente de inspiración para la clase obrera, así como para sectores del campesinado y la intelectualidad de clase media. El Partido Comunista Mexicano (PCM) se fundó en 1919.

Tras el asesinato de Carranza en mayo de 1920, el general Álvaro Obregón asumió la presidencia. Incapaz de aplastar de manera decisiva a las masas, Obregón gobernó mediante una combinación de retórica reformista, concesiones controladas y represión de los sectores más radicales.

A partir de entonces, el poder estuvo siempre en manos de generales que habían liderado los ejércitos constitucionalistas:

primero Obregón, luego Plutarco Elías Calles y, finalmente, Lázaro Cárdenas. Hubo elecciones que llevaron al poder a otras personas, pero estos tres dominaron la política mexicana hasta la Segunda Guerra Mundial.

El régimen evolucionó hacia la formación de un peculiar partido burgués, inicialmente llamado Partido Revolucionario Nacional y más tarde Partido Revolucionario Institucional (PRI). Era un partido hegemónico que incorporaba organizaciones de trabajadores y campesinos bajo el liderazgo de la burocracia estatal burguesa, y gobernaría México ininterrumpidamente hasta el año 2000.

LOS ARTISTAS Y LA REVOLUCIÓN

Aunque el movimiento muralista despegó durante el período posterior a la guerra civil en la década de 1920, sus semillas se desarrollaron durante la revolución.

El régimen de Díaz había promovido intensamente las artes, pero con el objetivo de presentar a México como un país «civilizado» ante los países capitalistas de Occidente. Se rechazaba la cultura de las masas mexicanas, y se formaba a los artistas para que imitaran estrictamente a los «viejos maestros» europeos.

Antes de la revolución, algunos de los principales artistas de México comenzaron a resistirse a este enfoque, haciendo un llamado a los artistas para que se reconectaran con la cultura mexicana. Instaron a los artistas a incorporar en sus obras a los pueblos de México y sus tradiciones, así como la geografía natural del país. También fomentaron un retorno a la forma de arte del mural, que tenía una larga tradición en México que se remontaba a la civilización olmeca. Uno de esos artistas fue el Dr. Atl (cuyo nombre de nacimiento era Gerardo Murillo), a quien se le atribuye la realización del primer mural mexicano moderno en 1910, hoy perdido.

La revolución catalizó esta ruptura en el mundo del arte. En 1911, los estudiantes se declararon en huelga en la Academia de San Carlos —la principal institución artística de México— en oposición al burocratismo de la escuela, y al estrecho academicismo y los cánones tradicionales que dominaban su enseñanza. Lograron forzar la renuncia de su director. La escuela comenzó entonces a organizar talleres de pintura al aire libre, influenciados por el impresionismo, y se abrió tanto a la pintura de caballete como a la creación de murales callejeros.

Así como la economía mexicana se desarrolló de manera combinada y desigual —con relaciones capitalistas modernas entremezcladas con formas más arcaicas— también lo hizo el arte mexicano. Los artistas de lo que se conoció como el Renacimiento mexicano no arrojaron a la basura las viejas escuelas de arte europeo, sino que las incorporaron, combinando ideas modernas de vanguardia con la tradición artística prehispánica.

La revolución involucró a toda la sociedad mexicana, y muchos artistas se involucraron directamente en sus acontecimientos. Por ejemplo, en 1914 el Dr. Atl se unió al gobierno provisional constitucionalista de Venustiano Carranza en Veracruz. Llevó con él a varios de sus alumnos, entre ellos los jóvenes José Clemente Orozco y David Alfaro Siqueiros, dos de los futuros grandes del muralismo.

Orozco trabajó como caricaturista para el periódico pro-Carranza *La Vanguardia*, mientras que Siqueiros, de 18 años, se unió al Ejército Constitucionalista, en el que finalmente alcanzó el rango de capitán. Estas experiencias tuvieron un enorme impacto en la visión política de los dos artistas.

EL RENACIMIENTO MEXICANO

Con la llegada al poder del general Obregón, el nuevo Estado se enfrentó al problema de construir una nación unificada.

México era uno de los lugares más diversos del mundo, con docenas de grupos étnicos, como los nahuas (a los que pertenecían los aztecas), los mayas y los zapotecas, y con 68 lenguas indígenas que se hablaban en todo el país. Una gran parte de la población, especialmente en el campo, se consideraba indígena, mientras que la mayoría de la gente de los centros industriales se consideraban mestizos y hablaban español.


Aparece los Jueves — Periodico Semanario — Vale 5 cts. en el D. F. y 10 en los Estados

EL MACHETE

Número 10 | Responsable: XAVIER GUERRERO | México, D. F., del 21 al 28 de agosto de 1924

El machete sirve para cortar la caña,
para abrir las veredas en los bosques umbríos,
decapitar culebras, tronchar toda cizaña,
y humillar la soberbia de los ricos impíos.

¡VIVA LA RUSIA DE LOS SOVIETS!

LA NAVE ITALIA, ARSENAL DE FASCISTAS

¡Alerta trabajadores de Veracruz! ¡Boycot al Barco Fascista!

ARRECIA LA CAMPAÑA ANTICOMUNISTA

La Huelga de la "HUASTECA"

¡El trust más rico del mundo no tiene dinero para cobles!

Impunidad para los asesinos de trabajadores

El Machete, número 10, 28 de agosto de 1924

Página opuesta (en sentido horario):

Detalle del régimen de Porfirio Díaz de *Del Porfirismo a la Revolución* (1952-4), Siqueiros

Detalle de Emiliano Zapata de *Historia de Morelos, Conquista y Revolución* (1929-30), Rivera

Zapatistas (1931), Orozco

Uno de los logros de la Revolución fue la educación de los hijos de los trabajadores y campesinos. En 1921 se creó la Secretaría de Educación Pública con la tarea de llevar la educación a una población en gran parte analfabeta.

Esta tarea fue abordada de manera creativa por José Vasconcelos, quien fue rector de la Universidad Nacional de México en 1920-21 y nombrado primer secretario de Educación Pública por Obregón en 1921. Se organizaron misiones culturales en las que «profetas laicos» viajaban a las comunidades para impartir educación y rescatar la riqueza cultural del México rural.

Los murales callejeros iban a ocupar un lugar central en este proyecto, llevando el arte a los espacios públicos, en lugar de estar en galerías o encerrado en colecciones privadas. Vasconcelos convocó a los artistas a pintar muros con fines educativos, explicando la historia y la ciencia a través del arte.

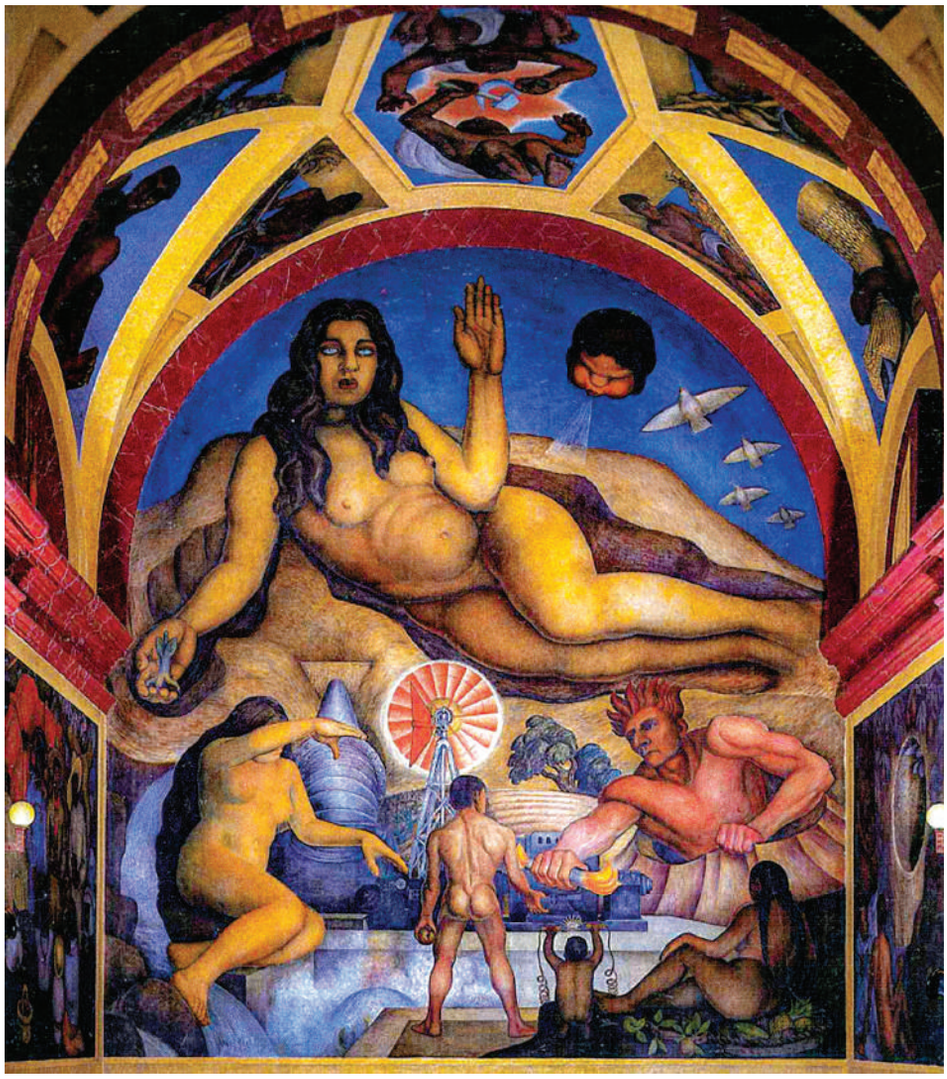
Vasconcelos también abogó por que el arte se utilizara como el «pegamento» para forjar una identidad nacional mexicana. A través del arte, los pueblos y los acontecimientos históricos del país debían unirse visualmente como los elementos que conformaban un México nuevo y moderno, con la victoria constitucionalista en la revolución representando el nudo que unía todos los hilos de la sociedad mexicana.

Uno de los primeros proyectos que Vasconcelos encargó fue la pintura de las paredes de la Escuela Nacional Preparatoria (San Ildefonso) en 1922. Fue aquí donde Diego Rivera, David Alfaro Siqueiros y José Clemente Orozco se unieron y tomaron la bandera del movimiento muralista, junto con pintores como Jean Charlot, Fermín Revueltas, Fernando Leal, Ramón Alva de la Canal y Xavier Guerrero.

Estos artistas comenzaron a forjar el muralismo moderno como una nueva forma de arte distintiva. Pero este movimiento no solo fue revolucionario en la forma: estos artistas también imbuían sus murales de un contenido cada vez más radical, abordando temas y asuntos que iban más allá de lo que pretendía Vasconcelos. Como el régimen burgués tenía que legitimarse ante las masas, no tuvo más remedio que tolerarlo.







Diego Rivera y sus obras:
Izquierda: *Triunfo de la revolución* (1926)
Derecha: *La tierra fecundada* (1924-27)
Página opuesta: Dos detalles de *La Epopeya del Pueblo Mexicano* (1929-35)

Ante la radicalización de las masas, el régimen de Obregón promovió un sindicalismo oficial —la Confederación Regional de Obreros Mexicanos (CROM)— en un intento por contener a la clase obrera. Mientras tanto, un movimiento sindical radical, centrado en la Confederación General de Trabajadores (CGT), reunía a anarquistas y comunistas.

Tras un breve acercamiento y ruptura con el sindicalismo oficial, en 1923 los muralistas fundaron en San Ildefonso el «Sindicato de Obreros, Técnicos, Pintores y Escultores de México». Su manifiesto declaraba:

> «Proclamamos que siendo nuestro momento social de transición entre el aniquilamiento de un orden envejecido y la implantación de un orden nuevo, los creadores de belleza deben esforzarse porque su labor presente un aspecto claro de propaganda ideológica en bien del pueblo, haciendo del arte, que actualmente es una manifestación de masturbación individualista, una finalidad de belleza para todos, de educación y de combate.»[1]

La mayoría de sus miembros se unieron al Partido Comunista. Durante un tiempo, tres de los cuatro miembros del comité ejecutivo del PCM eran pintores: Rivera, Siqueiros y Guerrero. El periódico del sindicato, *El Machete*, llegó incluso a convertirse en el órgano del partido.

LA EVOLUCIÓN DE RIVERA

Rivera vivió en Europa entre 1907 y 1921, donde estudió diversos estilos de vanguardia, convirtiéndose en una figura destacada del movimiento cubista. También estudió el arte tradicional europeo, en particular los frescos del Renacimiento italiano. A su regreso a México, Rivera pintó su primer mural en el auditorio de San Ildefonso, *La Creación* (1922).

Desde el principio, el muralismo fue un movimiento colectivo. En *La Creación* colaboraron con Rivera Fernando Leal —procedente de la escuela de pintura al aire libre— y el artista francés Jean Charlot. Charlot popularizó el arte del grabado en México. También creó el primer mural histórico del movimiento, *La masacre del Templo Mayor* (1922-1923), que constituía una denuncia directa de la conquista española.

Insatisfecho con la primera obra de Rivera, Vasconcelos lo envió a un viaje por México rural, una experiencia que tuvo un impacto significativo en su estilo como artista. A su regreso a la capital, comenzó a pintar las paredes de la Secretaría de Educación Pública, definiendo el estilo que lo caracterizaría. Rivera y su equipo comenzaron a pintar este edificio en 1923 y solo lo terminaron en 1928. En las paredes se puede ver reflejada su propia evolución política.

Al principio, Rivera pintó fiestas populares y oficios. Hoy en día, algunos pueden ver a los personajes que representó como figuras estereotipadas: el obrero con overol y botas, el campesino con su traje de manta blanco y sandalias, la mujer indígena con sus trenzas y colores vivos. Pero estas imágenes eran tan poderosas que siguen arraigadas en el imaginario nacional e internacional de lo que significa ser mexicano.

De las fiestas y los oficios, Rivera pasó a la cuestión de la redistribución de la tierra, celebrando a líderes como Zapata, Eulalio Gutiérrez y Carrillo Puerto.

En 1923 se fundó la Universidad Agraria de Chapingo con el lema: «Enseñar la explotación de la tierra, no la explotación del hombre». Ese mismo año, Rivera



comenzó a pintar la capilla de la universidad, en la que combinó elementos barrocos con arte indígena y sustituyó los símbolos religiosos por martillos y hoces.

El panel central de este mural es *La tierra fecunda*, creado entre 1924 y 1927. En él destaca la figura de una mujer embarazada (inspirada en su segunda esposa, Guadalupe Marín), que no se ajusta a los cánones grecorromanos, sino que presenta una belleza característica de América Latina. Su cuerpo se asemeja al mapa de México. Representando la fertilidad de la tierra, con una mano entrega sus frutos a un labrador. El hombre, expulsado del paraíso pero portando una manzana como símbolo del conocimiento, debe construir su propio paraíso en la Tierra. Para ello, cuenta con los cuatro elementos —tierra, agua, aire y fuego— y, ante él, la electricidad y la industrialización.



Las ideas radicales de Rivera se profundizaron tras su viaje a la Unión Soviética en 1927, donde fue invitado a celebrar el décimo aniversario de la Revolución de Octubre. Allí fue testigo del avance de la burocratización estalinista. En 1928, tras apoyar abiertamente a la oposición de León Trotski, se le informó de que debía abandonar el país de inmediato.

A su regreso, Rivera fue juzgado y expulsado del PCM por su «trotskismo». Sin embargo, reafirmó públicamente su lealtad política:

> «Solo estaré de acuerdo con aquellos que hayan sido expulsados por seguir la línea internacional de la oposición [...] defendida y encabezada por el compañero León Trotski».[2]

Rivera continuó pintando los muros de la Secretaría de Educación Pública, pero ahora con un contenido de clase más explícito. Esto se muestra en los murales del tercer piso de los dos patios del edificio, decorados con una serie de pinturas que siguen la letra de dos corridos, las baladas narrativas mexicanas que se hicieron populares durante la revolución. Uno es el corrido de la Revolución Agraria y el otro, el corrido de la Revolución Proletaria.

Una trinidad revolucionaria —un campesino, un obrero y un soldado revolucionario— aparece en las paredes, en contraste con una trinidad





Esta página (en el sentido horario): David Alfaro Siqueiros; Siqueiros pintando un mural en 1925; *América tropical* (1932)

Página opuesta (en el sentido horario): José Clemente Orozco; *La trinchera* (1926); *La trinidad revolucionária* (1926); un panel en el Hospicio Cabañas que representa la Conquista española (1937-39)



contrarrevolucionaria— un capitalista, un líder militar y un representante del alto clero. También hay elementos abiertamente socialistas en estas paredes, como una asamblea democrática de trabajadores bajo una bandera roja. En uno de los paneles se representa a una triste familia capitalista en la mesa de la cena con solo monedas de oro en sus platos para comer. Esto contrasta con los trabajadores y campesinos revolucionarios armados al fondo, que llevan los abundantes frutos de su trabajo en forma de productos agrícolas.

La propia evolución de Rivera reflejaba la lógica subyacente de la teoría de la revolución permanente de Trotski. Alistado originalmente para ayudar a forjar una conciencia puramente nacional, Rivera llegó a la conclusión de que las aspiraciones de las masas, que constituían la gran mayoría de la nación, solo podían alcanzarse a través de la lucha por el socialismo.

Entre 1929 y 1935, Rivera creó su obra monumental, *La epopeya del pueblo mexicano* (también conocida como *La Historia de México*) en el Palacio Nacional, sede del gobierno federal.

El vasto panorama de la historia mexicana se representa a lo largo de dos paredes: la civilización azteca, la conquista española, las sucesivas invasiones extranjeras de Francia y Estados Unidos, el régimen de Díaz y la Revolución mexicana. Hay más de mil figuras distintas, muchas de las cuales son representaciones de personas reales. En el centro del conjunto se encuentran Emiliano Zapata junto con otros líderes agrarios socialistas y comunistas.

Junto a ellos se encuentra un obrero que, con el brazo levantado, señala hacia la tercera pared, donde se representa al mundo contemporáneo sumido en la represión, el fascismo y la violencia contra los trabajadores. Su mirada se dirige al grupo que rodea a Emiliano Zapata, mientras que su mano señala directamente a Karl Marx, quien sostiene el programa comunista y señala el horizonte histórico del socialismo a la clase obrera.

De esta manera, Diego Rivera vincula la Revolución mexicana con la perspectiva de la revolución socialista mundial.

SIQUEIROS Y EL IMPERIALISMO

Siqueiros también viajó a Europa en 1919, donde conoció a Rivera. A su regreso a México, se volvió muy activo en el PCM y en el Sindicato de Obreros Técnicos, Pintores y Escultores de México.

Siqueiros pintó varios murales en el «Patio Chico» de San Ildefonso, en los que puso de manifiesto sus ideas comunistas. En particular, *El entierro de un obrero sacrificado* (1923) fue un homenaje al gobernador socialista de Yucatán, Felipe Carrillo Puerto, recientemente asesinado. El mural fue vandalizado por estudiantes de derecha antes de que se terminara y, finalmente, fue encalado por orden del ministro de Educación que sucedió a Vasconcelos.

Siqueiros entró cada vez más en conflicto con el nuevo Estado. Fue destituido por la Secretaría de Educación Pública en 1925 y encarcelado por su actividad política en 1930. Finalmente, fue exiliado de México en 1932 y se mudó a Los Ángeles.

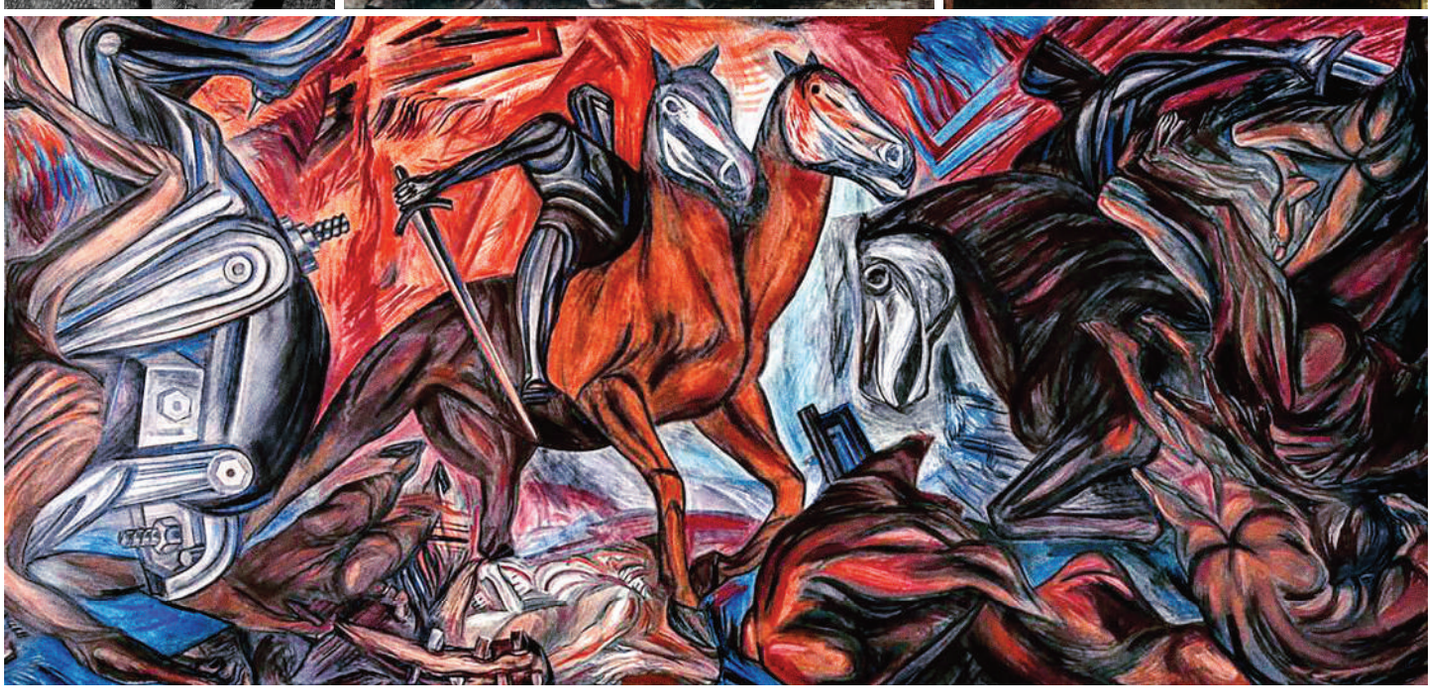
Para entonces, el muralismo mexicano había recibido reconocimiento internacional, especialmente en Estados Unidos. Se pueden apreciar elementos de los muralistas en el regionalismo y el realismo social, movimientos artísticos que surgieron a raíz de la Gran Depresión. La popularidad de estos movimientos, a su vez, hizo que los muralistas mexicanos fueran muy populares al norte de la frontera.

Los muralistas mexicanos comenzaron a recibir encargos de instituciones públicas de Estados Unidos, así como de capitalistas privados que buscaban suavizar su imagen en un período de tensiones sociales extremas.

Orozco pintó el primer mural mexicano en Estados Unidos, *Prometeo* (1930), encargado por la institución privada Pomona College, en California, en el que el titán griego roba el fuego de los cielos como un regalo para la humanidad.

Para entonces, Siqueiros ya se había ganado una reputación como uno de «Los Tres Grandes» de la pintura mexicana, junto con Rivera y Orozco. Décadas antes de las exposiciones inmersivas de hoy en día, él ya creaba murales envolventes utilizando la técnica de las perspectivas múltiples. Estas pinturas no son estáticas; la óptica cambia según el movimiento del espectador. Innovó en materiales y técnicas, creando murales tridimensionales. Su pintura eliminó las esquinas de las paredes, como en *Retrato de la burguesía* (1939), que no parece estar pintado en la pared de una escalera. Desarrolló la técnica del accidente controlado (que influyó en Jackson Pollock) y combinó la



abstracción con el realismo. Incluso creó el mural más grande del mundo: el *Polyforum Siqueiros.*

En 1932, Siqueiros pintó uno de sus murales más importantes en Los Ángeles: *América Tropical: Oprimida y Destrozada por los Imperialismos*. Contratado por el Plaza Art Center para pintar un mural apolítico, pintó en su lugar a un hombre indígena crucificado en un templo de estilo maya bajo un águila americana gigante. Este «Cristo migrante», como se le conoce, simboliza al trabajador latinoamericano, oprimido y perseguido por el imperialismo estadounidense.

El mural fue censurado de inmediato: lo cubrieron con pintura blanca y lo ocultaron hasta su restauración en 2012, 80 años después. Hoy es un símbolo de la comunidad migrante.

OROZCO Y LA REVOLUCIÓN

Orozco fue quien más tiempo trabajó en las paredes de San Ildefonso. Aunque inicialmente simpatizaba con el comunismo, Orozco comenzó a distanciarse del partido y adoptó una postura escéptica hacia la revolución y todos los partidos políticos.

Sus opiniones se basaban en sus experiencias como propagandista de los constitucionalistas. Durante este tiempo siguió de cerca la violencia de la guerra civil. Pero en el proceso también fue testigo de la violencia de los constitucionalistas, y finalmente llegó a ver la revolución como un acontecimiento devastador.

Su obra es mordaz hacia los terratenientes, la burguesía y el clero, pero también expresa una desconfianza hacia el movimiento obrero. En uno de sus paneles, representa a trabajadores peleándose entre sí, mientras un capitalista los observa desde arriba, señalándolos con sorna. Al hacerlo, denuncia la división de la clase trabajadora.

Su impactante mural *La Trinchera* (1926) muestra una feroz batalla entre soldados campesinos. Otros paneles muestran a campesinos contemplando un mundo devastado, sin certezas en el presente y sin promesas claras para el futuro.

Estos murales fueron muy controvertidos y fueron atacados por otros artistas por considerarlos reaccionarios. Sin embargo, los murales de Orozco reflejaban las complejidades y contradicciones de los acontecimientos reales.

Si bien la Revolución mexicana fue uno de los acontecimientos más importantes de la historia mundial de la época, al no ir más allá de los límites de la democracia burguesa, no logró resolver los problemas de las masas. Carecía del liderazgo marxista necesario para unir a las masas oprimidas detrás de la clase obrera —la fuerza más progresista de la sociedad— en la lucha contra la burguesía. Aunque la burguesía utilizó a los obreros y campesinos en su propia lucha por el poder, en última instancia tenía interés en aplastarlos a ambos para mantener su dominio de clase.

La dirección anarcosindicalista de la clase obrera tenía una actitud sectaria hacia los villistas y los zapatistas. En un momento dado, esta dirección formó una alianza con los constitucionalistas contra

el campesinado. Crearon los «Batallones Rojos», que fueron fundamentales en la victoria del Ejército Constitucionalista sobre Pancho Villa en la batalla de Celaya de 1915. Una vez derrotado el campesinado, Carranza reprimió las organizaciones obreras, lo que culminó en el aplastamiento de la huelga general de 1916.

Con la derrota de la capa avanzada de la clase obrera, las luchas campesinas permanecieron divididas y, de hecho, hubo muchas batallas entre diferentes facciones del campesinado. Todo esto tuvo claramente un impacto en Orozco.

Orozco retrató el sufrimiento y la violencia como ningún otro muralista, hasta el punto de que su obra fue comparada con *Los desastres de la guerra* de Goya. De hecho, se le dio el apodo de «el Goya mexicano».

Orozco crearía su obra maestra en el Hospicio Cabañas de Jalisco (1937-39): un conjunto monumental de 57 murales, que representan tanto la violencia de la conquista española como los sacrificios prehispánicos. Pero la obra trasciende lo nacional y adquiere un carácter universal: la violencia de la historia, encapsulada en el panel circular central de un hombre en llamas. La muerte y el terror que impregnan estas paredes evocan una intensidad comparable a la del *Réquiem* de Verdi. La obra es tan extraordinaria que ha sido llamada la «Capilla Sixtina» de América.

MURALES DE LA INDUSTRIA DE DETROIT

En Estados Unidos, Rivera recibió el encargo de un enorme proyecto por parte del Instituto de Arte de Detroit: llenar una de sus salas con 27 murales que representaran las diversas industrias de la ciudad. El área metropolitana de Detroit, sede de la Ford Motor Company, contaba con la industria manufacturera más grande del mundo en aquella época. El hijo de Henry Ford, Edsel, contribuyó a la financiación del encargo.

Terminados en solo ocho meses, entre 1932 y 1933, los paneles más grandes del ciclo son dos frescos que representan a trabajadores de fábrica laborando en el Complejo Ford River Rouge, a quienes Rivera había pasado dos meses observando en persona. Los murales son ilustraciones asombrosas del grado en que la tecnología y la división del trabajo se desarrollan en las fábricas más avanzadas.

Pero Rivera, al mismo tiempo, pone al descubierto las contradicciones de este proceso. Un elemento central de esta obra es la naturaleza simbólica de la máquina más grande, que se ha diseñado para que parezca una estatua de Cōātlīcue, la diosa azteca de la creación y la destrucción. El proceso creativo de la producción bajo el capitalismo se logra mediante la destrucción espiritual de la clase trabajadora, que es sacrificada en el altar del capital.

La monotonía y la alienación de la cadena de producción capitalista se expresan en los rostros inexpresivos de los trabajadores (cuando no están cubiertos con máscaras), así como en la paleta monocromática de azules y grises. Además, los trabajadores están bajo la vigilancia constante de observadores desaprobadores, gerentes y una figura capitalista —que se cree que es una combinación de Henry Ford y su socio Charles Sorensen.

Rivera también ilustra el carácter internacional de la producción y la interconexión del mercado mundial. Sobre cada uno de estos paneles centrales hay representaciones del proceso minero en Asia, África y América Latina. Otros frescos muestran a trabajadores de las industrias naviera y aeronáutica, así como de la medicina. Un panel siniestro muestra a trabajadores con máscaras antigás construyendo una bomba.

Se desató una campaña de difamación contra los murales. Por ejemplo, *The Detroit News* los calificó de «vulgares» y «antiamericanos», particularmente en



Cinco paneles de los *Murales de la industria de Detroit* de Diego Rivera's (1932-33)

referencia a la subversión de la imaginería religiosa, que es un motivo recurrente en la obra de Rivera.

En la década de 1950, marcada por el macartismo, el Instituto de Arte de Detroit colocó un aviso en la entrada de la sala calificando la política de Rivera de «detestable», pero concluyó: «Si estamos orgullosos de los logros de esta ciudad, deberíamos estar orgullosos de estas pinturas y no perder la cabeza por lo que Rivera está haciendo hoy en México».

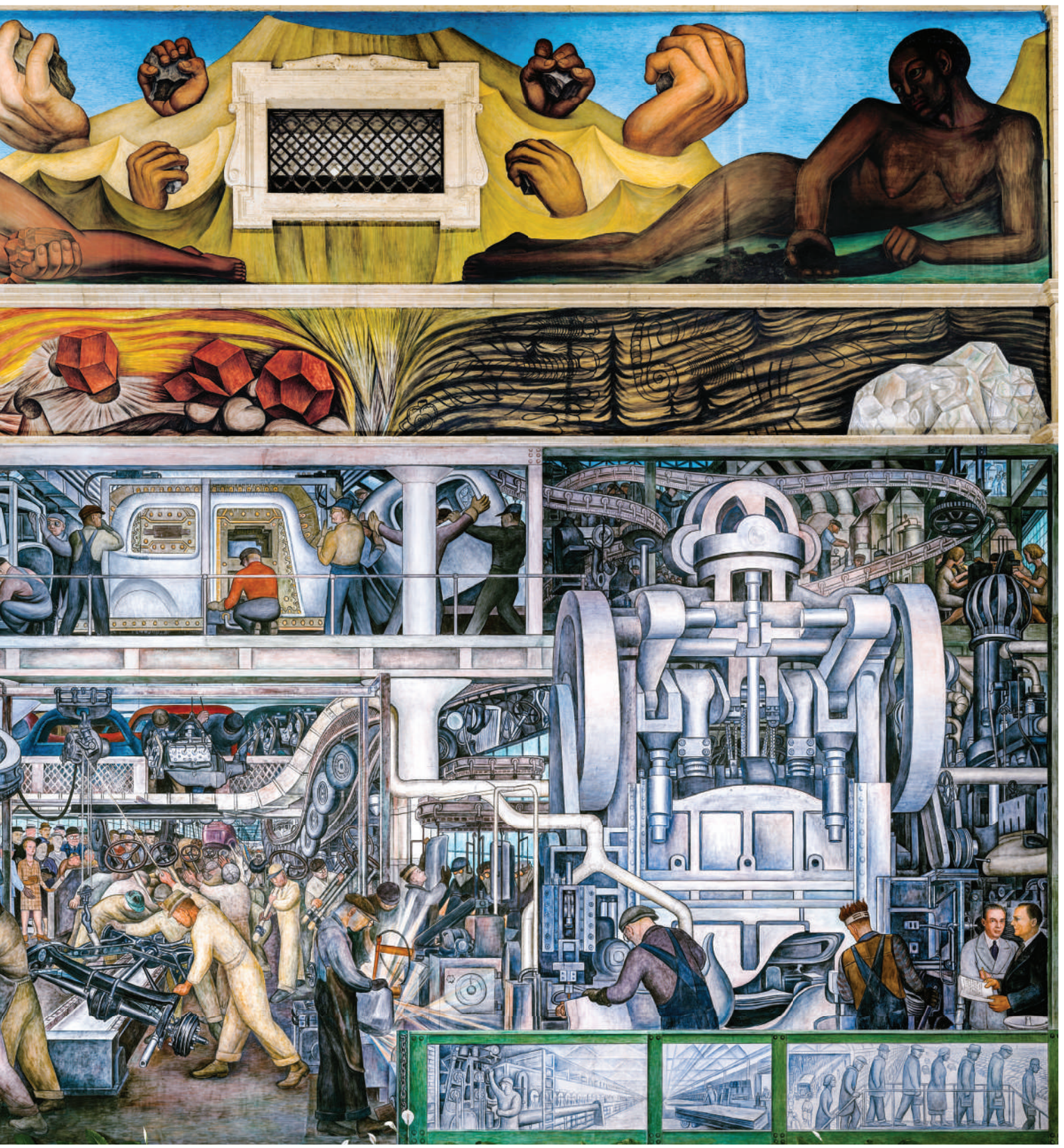
EL HOMBRE EN LA ENCRUCIJADA

En 1933, los Rockefeller invitaron a Rivera, Picasso y Matisse a decorar las paredes de su nuevo centro en Nueva York. Solo Rivera aceptó el encargo, y pintó su magistral *El hombre en la encrucijada*.

Un lado del fresco es una representación del capitalismo: filas de soldados con máscaras antigás empuñando bayonetas, la represión ejercida contra los trabajadores en huelga y la burguesía dedicada al juego y a la fiesta. En el otro lado hay una manifestación masiva de trabajadores bajo una oleada de banderas rojas.

En el centro, un trabajador maneja una máquina gigante, rodeado de símbolos del conocimiento científico: el cosmos, el mundo celular, una variedad de plantas, las capas sedimentarias de la tierra.

Estos motivos de la naturaleza y el conocimiento, que proliferan a lo largo de la obra de Rivera, ilustran una idea central de la teoría marxista: que la humanidad es capaz de comprender, y por lo tanto dominar, las leyes que rigen el mundo





León Trotski, Diego Rivera y André Breton en México, 1938

Página opuesta, arriba: *Sueño de guerra, pesadilla de paz* (1952), Diego Rivera

Página opuesta, derecha: *Langosta* (1946), Rufino Tamayo

natural. Rivera sitúa a la humanidad «en la encrucijada» entre las cadenas de la necesidad económica y el control consciente de nuestros propios destinos.

Rivera reconoce que el sistema capitalista desempeñó un papel históricamente progresista al desarrollar las fuerzas productivas —a las que rinde homenaje con referencias a Charles Darwin— pero que ahora se ha convertido en un obstáculo para un mayor progreso y, de hecho, amenaza con hacer retroceder a la humanidad.

Lo que se requiere es una revolución contra el sistema capitalista y su sustitución por un nuevo modo de producción basado en la propiedad común de las fuerzas productivas bajo un plan democrático. Y esto requiere una lucha organizada y militante de la clase obrera internacional, representada en el lado derecho del fresco.

Cuando el mural estaba casi terminado, Rivera cambió el rostro de un líder obrero por el de Lenin. Esto resultó ser demasiado para Nelson Rockefeller, quien ordenó a Rivera que sustituyera el rostro de Lenin por el de «alguna persona desconocida». Rivera se negó: mutilar la obra, dijo, equivaldría a destruir su integridad.

La obra quedó suspendida, lo que provocó protestas de los trabajadores contra la censura. Los Rockefeller intentaron que los ayudantes de Rivera la terminaran sin él, pero estos se declararon en huelga. Finalmente, el mural fue destruido.

Un año después, Rivera reprodujo el mural con algunas variaciones para la inauguración del Palacio de Bellas Artes en la Ciudad de México. Renombrado *El hombre, dominador del universo*, en él también aparecen Marx, Engels y Trotski, portando una bandera con el lema: «Proletarios de todo el mundo, uníos bajo la bandera de la Cuarta Internacional».

RIVERA, SIQUEIROS Y TROTSKI

Como uno de los artistas más venerados del país, la influencia de Rivera fue clave para que el gobierno mexicano concediera asilo a Trotski en 1937, quien era perseguido tanto por el régimen estalinista como por la burguesía internacional. Durante dos años, Trotski y su familia vivieron en la casa de Frida Kahlo, la esposa de Rivera.

Siqueiros, por el contrario, se alineó firmemente con Stalin. Siqueiros luchó en la Guerra Civil Española, donde ascendió al rango de coronel. Allí participó en la ejecución de combatientes anarquistas revolucionarios, en línea con la política contrarrevolucionaria de Stalin del «Frente Popular».

A su llegada, Trotski fue acosado por los estalinistas mexicanos, incluido Siqueiros, quien no se limitó a las palabras. En mayo de 1940, Siqueiros organizó un fallido intento de asesinato contra Trotski, en el que, junto con un grupo armado —borracho y mal preparado— ametralló su casa. El nieto de Trotski, Esteban Volkov, recibió un rasguño en el pie por una bala, pero, milagrosamente, todos los presentes sobrevivieron.

Rivera apoyó a Trotski y a la Cuarta Internacional durante un tiempo, firmando artículos y declaraciones escritos por Trotski para darles mayor difusión. Contribuyó con sus propios escritos a publicaciones trotskistas y apoyó económicamente al partido. También ayudó a atraer a otros artistas importantes, como Juan O'Gorman (quien años más tarde diseñaría la tumba de Trotski) y André Breton, con quien publicó el «Manifiesto por un arte revolucionario independiente».

Sin embargo, la alineación de Rivera con Trotski no duraría. Aunque Trotski respetaba a Rivera como un «gran artista», también entendía que padecía de «una tremenda impulsividad, una falta de autocontrol, una imaginación inflamable y un capricho extremo»[3]. Fue con esto en mente que Trotski se opuso a que Rivera se convirtiera en secretario del partido; ante lo cual Rivera, sintiéndose ofendido, renunció a la Internacional.

Trotski intentó mantener a Rivera en la Internacional, haciendo mil concesiones organizativas, pero sin romper con los principios. Sin embargo, poco antes del asesinato del revolucionario ruso, finalmente rompieron relaciones.

Al no haber dominado nunca el método del marxismo, Rivera sucumbió a la presión de la opinión pública pequeñoburguesa. En 1939, fundó un nuevo «Partido Revolucionario de Trabajadores y Campesinos» y apoyó oportunistamente la campaña presidencial del general de derecha Juan Almazán. Trotski se vio así obligado a distanciarse públicamente de él.

Rivera terminó renunciando a su asociación con Trotski y se volcó hacia el estalinismo. En 1952, solicitó la readmisión en el PCM, declarando:

> «Yo reconozco haberme deslizado sobre ese plano inclinado cayendo por él hasta el encenegamiento contrarrevolucionario trotskista. Al llegar tan abajo que me encontré ser miembro de su pandilla, empecé a ver, desde dentro, más claro sus errores en los que yo mismo había caído…»[4]

CONSOLIDACIÓN DEL ESTADO

Durante el período 1920-1940, se implementaron una serie de reformas para asegurar la consolidación del Estado mexicano. Se amplió la reforma agraria y se nacionalizaron ciertas industrias clave, en particular la industria petrolera, nacionalizada por Cárdenas en 1938, bajo la presión de las masas y la crisis del capitalismo mundial.

Estos factores, combinados con el auge económico mundial que siguió al fin de la Segunda Guerra Mundial, permitieron un período de crecimiento económico sin precedentes y de estabilidad política autoritaria en las décadas siguientes.

Las nuevas instituciones estatales, como la Seguridad Social, encargaron murales. Sin embargo, este ya no era un régimen que hubiera nacido y siguiera viviendo en un proceso revolucionario, lo cual se reflejó en última instancia en las artes.

En el período anterior, el Estado había sido el principal mecenas de las artes. Pero a medida que la burguesía se fortalecía, comenzó a encargar sus propias obras, como en el caso de El Hotel del



Prado, Televisa, el edificio Guadiana, etc. También aparecieron galerías privadas, que acogían a nuevos artistas con ideas artísticas diferentes a las de los muralistas, y las pinturas de caballete —que eran más fáciles de comercializar— se pusieron de moda.

En este contexto, los muralistas continuaron produciendo obras de gran calidad, pero era innegable que había comenzado un reflujo. Esto se debió en parte a la enorme autoridad e influencia de los propios «Tres Grandes», quienes eclipsaron a muchos otros talentos emergentes de la época.

Un ejemplo notable de los efectos negativos de esta influencia se encuentra en la experiencia de María Izquierdo, quien fue contratada para pintar en el Ayuntamiento de la Ciudad de México, solo para ver su proyecto cancelado en 1945 por Rivera y Siqueiros. Se sospecha ampliamente que esto fue un acto de discriminación de género, y la propia Izquierdo comentaría: «Es un crimen ser mujer y tener talento». En 2021, las artistas repudiaron esta censura reproduciendo sus bocetos en las paredes de Oaxaca bajo el título *El mural que debió ser*.

Los artistas mexicanos también se vieron sometidos a la presión de la corriente del «realismo socialista». La URSS había salido enormemente fortalecida de la Segunda Guerra Mundial, y con ella la burocracia estalinista. La burocracia ejercía un férreo control sobre las artes dentro de la URSS. Desde principios de la década de 1930, el arte promovido oficialmente era el llamado «realismo socialista»: un estilo de obras estrecho y conservador que glorificaba el régimen estalinista.

A medida que la influencia del estalinismo se extendía por el mundo en el período de posguerra, también lo hacía la del «realismo socialista». En un momento dado, una declaración, firmada por Siqueiros y Rivera, entre otros, afirmaba:

> «MANIFESTAMOS la determinación vehemente de orientar nuestras obras y expresiones por el camino del realismo socialista, expresión estética de la nueva civilización que avanza, la civilización socialista, rechazando las tesis y rutinas formalistas de la burguesía decadente»[5]

En realidad, nunca se adaptaron plenamente al realismo socialista, pero, no obstante, la adaptación de los artistas al estalinismo tuvo un efecto notable en su obra. Por ejemplo, se pueden ver claramente elementos patrióticos en el mural de Siqueiros *Por una seguridad social completa y para todos los mexicanos* (1952-54), como trabajadores que llevan una gran bandera mexicana, en línea con los principios de colaboración de clases del «frente popular» estalinista.

Esto se ve claramente en el mural de Rivera contra la Guerra de Corea, *Sueño de guerra, pesadilla de paz* (1952), que presenta dos grandes figuras de Stalin y Mao Zedong, tendiendo amistosamente un tratado de paz para que lo firmen el Tío Sam, John Bull y Marianne (que representan al imperialismo estadounidense, británico y francés).

Esta obra desapareció en circunstancias misteriosas. Algunos han alegado que fue vendida a la República Popular China y luego destruida durante la Revolución Cultural. Independientemente de su destino, la obra reveló gráficamente el abandono por parte de Rivera de las ideas del marxismo revolucionario.

GENERACIÓN DE LA RUPTURA

Desde el inicio del Renacimiento Mexicano, hubo una división en el arte según líneas de clase. En contraste con los jóvenes radicales que encabezaron el movimiento muralista, un sector de la intelectualidad burguesa propuso el «arte puro» y se opuso a la politización del movimiento muralista y a su visión propagandística y didáctica.

Los muralistas habían sido la fuerza artística dominante en México a lo largo de la década de 1930. Sin embargo, tras la Segunda Guerra Mundial, el movimiento del «arte puro» fue adoptado por la derecha —incluida una nueva burocracia cultural— que atacó el muralismo y exigió que el arte se despojara de todo compromiso político. En este clima, Rufino Tamayo se erigió como abanderado contra el muralismo. Artista de indudable talento, rivalizó con «los Tres Grandes» tanto en el caballete como en los muros, pero les reprochó convertir el arte en un instrumento de propaganda y didactismo.

Mientras tanto, Estados Unidos había salido de la Segunda Guerra Mundial como la principal potencia capitalista del mundo. El imperialismo estadounidense promovió el expresionismo abstracto en su frente cultural de la Guerra Fría. Las obras de arte completamente abstractas, desprovistas de cualquier contenido político, se promovían como «libres», «democráticas» y «humanistas», en oposición al arte autoritario del «realismo socialista».



En consecuencia, la CIA ayudó a financiar a artistas como Jackson Pollock y Willem de Kooning.[6]

El imperialismo estadounidense intervino activamente en la campaña contra el muralismo mexicano a través de la Sección de Artes Visuales de la Unión Panamericana (predecesora de la Organización de los Estados Americanos), dirigida por el cubano José Gómez-Sicre.

El pintor mexicano José Luis Cuevas fue una figura clave en esta operación, al firmar el influyente manifiesto de 1958 *La cortina del nopal*, que en realidad fue escrito por el agente imperialista Gómez-Sicre.

Todos estos factores combinados llevaron al desarrollo de la «Generación de la Ruptura», una amplia tendencia de artistas que rompieron con las prácticas del movimiento muralista.

Como marxistas, defendemos la plena libertad creativa de los artistas: el arte no debe ser controlado ni dirigido por el Estado. Si bien es cierto que el movimiento muralista había llegado a una especie de callejón sin salida y necesitaba un impulso, lo que realmente interesaba a los reaccionarios era silenciar la voz de denuncia política que tenía sus raíces en el arte visual mexicano.

No todos los artistas asociados con *La Ruptura* estaban influenciados por ideas políticas reaccionarias; por ejemplo, el ruso Vladimir Rusakov —conocido como «Vlady»— quien era hijo de Victor Serge. Al igual que Trotski, Vlady terminó exiliado en México. Aquí, rompió con la estética del muralismo clásico, creando murales con un estilo que jugaba con la abstracción, utilizando anatomías distorsionadas, sin abandonar nunca la figuración. Sin embargo, lo hizo sin abandonar su compromiso político con el marxismo revolucionario.

Cubriendo las paredes de la Biblioteca Miguel Lerdo de Tejada, ubicada en el corazón de la Ciudad de México, su obra maestra *La revolución y los elementos* (1972-82) es una mezcla fluida y explosiva de revoluciones a lo largo de la historia —sociales y políticas, así como las del arte y la ciencia. En la sección dedicada a la Revolución rusa, una bandera con la hoz y el martillo cae, mientras que junto a ella otra bandera roja, atravesada por el fuego y perforada en el centro, permanece en alto, sostenida por un brazo extendido. Es una poderosa representación de la lucha contra la degeneración de la revolución.

Vlady también creó tres grandes obras para ser exhibidas en la casa donde vivió León Trotski en Coyoacán, que ahora es un museo. El Tríptico de Trotski consta de *Bolshevik Magiography* (1967), *Vienna 19* (1973) y *The Instant* (1981). Esta serie representa al líder de la Revolución rusa en la Plaza Roja de Moscú, vistiendo el uniforme del Ejército Rojo; su residencia en Coyoacán; y el momento del asesinato en el que fue asesinado. Desafortunadamente, estas piezas permanecen enrolladas en el almacén del Instituto Nacional de Bellas Artes. Concebidas para ser exhibidas en las paredes de la Casa Museo León Trotski, deberían regresar a ese lugar y ocupar el espacio público para el que fueron creadas.



El tríptico de Trotski de Vlady (en el sentido horario desde la parte superior izquierda):
Magiografía bolchevique (1967)
Vienna 19 (1973)
El instante (1981)

EL SOCIALISMO POTENCIARÁ EL ARTE

El muralismo mexicano fue sin duda una verdadera revolución en el arte. Se ha convertido en una parte inseparable de la sociedad mexicana y ha tenido una profunda influencia en el arte de todo el mundo.

Además, el Renacimiento mexicano no se limitó al muralismo, sino que fomentó una gran variedad de grandes artistas en la pintura al óleo, la música, la literatura, el cine, la poesía, el teatro, la danza, el grabado y la arquitectura.

Como señala acertadamente Alan Woods: «Si la revolución burguesa en México tuvo efectos tan profundos, apenas se puede imaginar cuál sería el impacto de la próxima revolución socialista».[7]

Existe una enorme riqueza cultural entre el pueblo mexicano, pero está sofocada por el capitalismo y el imperialismo. Miles de jóvenes están condenados a la migración, la explotación, la adicción a las drogas y el crimen organizado.

Una nueva revolución emancipará a la sociedad mexicana del yugo de la explotación y la violencia. Pero no solo eso; liberará su genio creativo, produciendo artistas que revolucionarán el arte una vez más, conduciendo a un esplendor que eclipsará incluso a los grandes del Renacimiento mexicano. ■

Referencias en línea
americasocialista.org
/amsoc43
o escanea el código QR

LEÓN TROTSKI
SOBRE AMÉRICA LATINA

Aprovechamos esta ocasión para volver a publicar una serie de extractos de los escritos de Trotski relativos a la lucha contra el imperialismo en América Latina.

El primero, «México y el imperialismo británico», es un artículo de León Trotski para la publicación estadounidense *Socialist Appeal*, escrito el 5 de junio de 1938. Trata sobre la expropiación de la industria petrolera mexicana por parte del presidente Cárdenas y la respuesta del imperialismo británico. Existen importantes paralelismos con la lucha por el control de la industria petrolera venezolana durante los últimos 25 años.

México se había convertido en el segundo mayor productor de petróleo del mundo en la década de 1920. Sin embargo, a pesar del enorme potencial para utilizarlo en pro del desarrollo, la mayor parte de esta riqueza fue extraída por el imperialismo occidental, principalmente por los británicos.

La Gran Depresión de la década de 1930 provocó una caída de la demanda y un exceso de oferta mundial de petróleo, a lo que los magnates petroleros respondieron aumentando la presión sobre sus trabajadores. A mediados de 1935, los trabajadores petroleros mexicanos se habían sindicalizado y comenzaron la lucha por mejores salarios y condiciones. Cuando los trabajadores se declararon en huelga en 1936, el gobierno mexicano intervino, en un intento de mediar entre los trabajadores y los imperialistas.

Los imperialistas se negaron a ceder a lo largo de 1937. Finalmente, Cárdenas intentó llegar a un acuerdo con los magnates petroleros, pero fue rechazado. Bajo una intensa presión desde abajo, Cárdenas anunció entonces la expropiación de la industria petrolera el 18 de marzo de 1938.

Los imperialistas británicos encabezaron la campaña internacional contra el gobierno mexicano, implementando un boicot al petróleo mexicano y rompiendo relaciones diplomáticas. Las empresas estadounidenses se negaron a suministrar a México el equipo, las piezas y los productos químicos necesarios para la refinería de petróleo, mientras que el gobierno de EEUU se negó a comprar plata mexicana. Como resultado, el peso mexicano cayó un 20 por ciento, lo que provocó que el nivel de vida se desplomara.

Al no poder vender su petróleo a Gran Bretaña y Estados Unidos, México recurrió a venderlo a la Alemania y la Italia fascistas. Fue solo con el desarrollo de la Segunda Guerra Mundial que el gobierno estadounidense presionó a las empresas petroleras estadounidenses para llegar a un acuerdo, con el fin de alcanzar una alianza estratégica con su vecino. Los imperialistas británicos resistieron hasta 1947, cuando aceptaron un acuerdo de 130 millones de dólares. Sin embargo, la apertura de la industria petrolera mexicana al imperialismo sigue siendo un conflicto clave hasta el día de hoy.

El segundo punto es un extracto de la «Tesis sobre el papel mundial del imperialismo estadounidense», aprobada en el congreso fundacional de la Cuarta Internacional en septiembre de 1938.

La Tesis es sorprendentemente relevante hoy en día, cuando el imperialismo estadounidense está intentando agresivamente reafirmar su dominio sobre el hemisferio occidental. Ayuda a disipar cualquier idea errónea de que la política de Trump en América Latina es fundamentalmente diferente a la del pasado. Explica cómo, bajo Franklin D. Roosevelt, el comportamiento depredador de EEUU estaba hipócritamente «protegido por el guante de terciopelo de las pretensiones demagógicas de amistad y «democracia». La principal diferencia con respecto a hoy es simplemente que Trump ha dejado de lado el guante gastado, para revelar el puño de hierro que hay dentro.

Por último, incluimos un breve extracto del «Manifiesto de la Cuarta Internacional sobre la guerra imperialista y la revolución mundial proletaria», que fue adoptado por la Conferencia de Emergencia de la Cuarta Internacional, celebrada entre el 19 y el 26 de mayo de 1940. Sus conclusiones sobre las tareas de la clase obrera latinoamericana son tan válidas hoy como cuando fueron escritas.

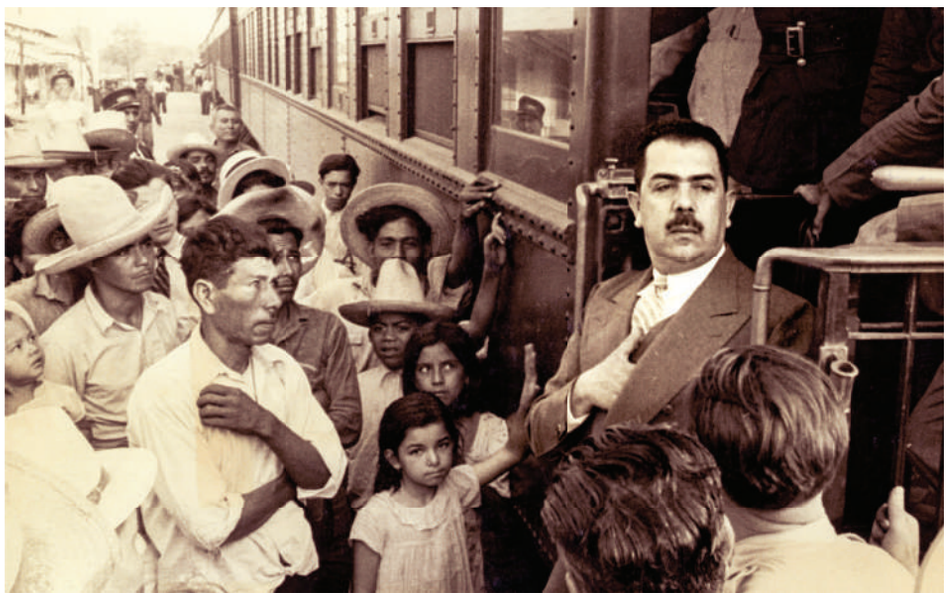
Editorial,
Abril 2026 ■



Detalle de *El hombre controlador del universo* (1933) de Diego Rivera, en el que aparecen representados Trotski, Friedrich Engels y Karl Marx

México y el imperialismo británico

Escrito el 5 de junio de 1938, publicado en Socialist Appeal (Nueva York), vol. 2, n.º 26, 25 de junio de 1938, p. 4



La campaña internacional que los círculos imperialistas están realizando sobre la expropiación de las empresas petroleras mexicanas, hecha por el gobierno, se ha distinguido por poseer todos los rasgos de las bacanales propagandísticas del imperialismo: combina la impudicia, el engaño, la especulación de la ignorancia con la certeza de su propia impunidad.

El gobierno británico inició esta campaña al declarar el boicot al petróleo mexicano. El boicot, como es sabido, siempre involucra al autoboicot y por lo tanto viene acompañado de grandes sacrificios por parte de quien lo hace. Gran Bretaña era hasta hace poco el mayor consumidor de petróleo mexicano; claro que no lo hizo por simpatía para con el pueblo mexicano, sino considerando sus propios beneficios.

GRAN BRETAÑA Y CEDILLO

El mayor consumidor de petróleo en Gran Bretaña, es el mismo estado, por su armada gigantesca y el rápido crecimiento de su fuerza aérea. El boicot del gobierno inglés al petróleo mexicano significaba, entonces, un boicot simultáneo no sólo de la industria británica, sino también de la defensa nacional. El gobierno de Mr. Chamberlain ha mostrado con una franqueza inusual que los beneficios de los ladrones capitalistas británicos están por encima de los intereses del estado. Las clases y los pueblos oprimidos deben aprender profundamente esta conclusión fundamental.

Tanto cronológica como lógicamente, el levantamiento del general Cedillo[1] resultó de la política de Chamberlain.[2] La Doctrina Monroe le aconseja al almirantazgo británico abstenerse de aplicar un bloqueo naval-militar a las costas mexicanas. Deben actuar por medio de agentes internos, quienes, en realidad no agitan abiertamente la bandera británica, aunque favorecen a los mismos intereses que sirve Chamberlain, los intereses de una pandilla de magnates del petróleo. Podemos estar seguros de que las negociaciones de sus agentes con el general Cedillo no se han incluido en el Libro Blanco que publicó la diplomacia británica hace pocos días. La diplomacia imperialista realiza sus principales negocios bajo el amparo del secreto.

IGNORANCIA Y ENGAÑO

Con el objeto de comprometer la expropiación a los ojos de la opinión pública burguesa, la presentan como una medida «comunista». Se combina aquí la ignorancia histórica con el engaño consciente. El México semicolonial está luchando por su independencia nacional, política y económica. Tal es el significado básico de la revolución mexicana en esta etapa.

Los magnates del petróleo no son capitalistas de masas, no son burgueses corrientes. Habiéndose apoderado de las mayores riquezas naturales de un país extranjero, sostenidos por sus billones y apoyados por las fuerzas militares y diplomáticas de sus metrópolis, hacen lo posible por establecer en el país subyugado un régimen de feudalismo imperialista, sometiendo la legislación, la jurisprudencia y la administración. Bajo estas condiciones, la expropiación es el único medio efectivo para salvaguardar la independencia nacional y las condiciones elementales de la democracia.

Qué dirección tome el posterior desarrollo económico de México depende, decisivamente, de factores de carácter internacional. Pero esto es cuestión del futuro.

La revolución mexicana está ahora realizando el mismo trabajo que, por ejemplo, hicieron los Estados Unidos de Norteamérica en tres cuartos de siglo, empezando con la Guerra Revolucionaria de la Independencia y terminado con la Guerra Civil por la abolición de la esclavitud y la unidad nacional. El gobierno británico no sólo hizo todo lo posible a finales del siglo XVIII para retener a los Estados Unidos bajo la categoría de colonia, sino que más tarde, durante los años de la Guerra Civil, apoyó a los esclavistas del sur contra los abolicionistas del norte, esforzándose, en beneficio de sus intereses imperialistas, en hundir a la joven república, en un estado de atraso económico y de desunión nacional.

GRAN BRETAÑA Y LA ESCLAVITUD

También para los Chamberlains de ese tiempo, la expropiación de los esclavistas aparecía como una diabólica medida «bolchevique». En realidad, la tarea histórica de los del norte consistía en limpiar el terreno para un desarrollo de la sociedad burguesa democrático e independiente. Precisamente esta tarea está siendo resuelta en esta etapa por el gobierno de México. El general Cárdenas es uno de esos hombres de estado, en su país, que han realizado tareas comparables a las de Washington, Jefferson, Abraham Lincoln y el general Grant. Y, por supuesto, no es accidental que el gobierno británico, también en este caso se encuentre a sí mismo al otro lado de la trinchera histórica.

Por absurdo que parezca, la prensa mundial, y particularmente la francesa, continúa arrastrando mi nombre alrededor de la expropiación de la industria petrolera. Si ya he negado esta estupidez, no es porque le tema a la «responsabilidad», como insinuó un locuaz agente de la GPU. Al contrario, consideraría un honor asumir, aunque fuera una parte, de la responsabilidad de esta medida valerosa y progresista del gobierno mexicano. Pero no tengo las menores bases para ello. Supe por primera vez del decreto de expropiación por los periódicos. Pero, naturalmente, esta no es la cuestión.

DOS OBJETIVOS PERSEGUIDOS

Se proponen dos metas al involucrar mi nombre. Primero, los organizadores de la campaña desean impartirle a la expropiación un colorido «bolchevique». Segundo, se proponen darle un golpe al respeto nacional de México. Los imperialistas se empeñan en presentar el hecho como si los hombres de estado mexicano fueran

1 El general Saturnino Cedillo ocupó brevemente el cargo de ministro de Agricultura bajo el mandato de Cárdenas. Se opuso a la expropiación de la industria petrolera en 1938 y fue destituido de su cargo. En respuesta, Cedillo lideró un levantamiento fallido contra el gobierno.

2 Neville Chamberlain, primer ministro conservador de Gran Bretaña entre 1937 y 1940.



Franklin D. Roosevelt y Winston Churchill en la Conferencia de El Cairo, 1943

Opuesto: Lázaro Cárdenas decretando la nacionalización de los ferrocarriles, 1937

incapaces de determinar su propio camino. ¡Una psicología esclavista hereditaria, indigna y mezquina!

Precisamente porque México todavía hoy pertenece a aquellas naciones atrasadas, que apenas ahora se ven impulsadas a luchar por su independencia, se engendran ideas más audaces en sus hombres de estado que la que corresponde a las escorias conservadoras de un gran pasado. ¡Hemos presenciado fenómenos similares en la historia más de una vez!

El semanario francés *Marianne*, un destacado órgano del Frente Popular francés, llegó a asegurar que en la cuestión del petróleo el gobierno del general Cárdenas actuó no sólo con Trotski, sino también… a favor de los intereses de Hitler. Como pueden ver, se trata de privar del petróleo, en caso de guerra, a las grandes «democracias» de corazón y, como contrapartida, suplir a Alemania y a otra naciones fascistas. Esto no es ni una pizca más sensato que los Juicios de Moscú.

La humanidad se entera, no sin asombro, que a Gran Bretaña se le ha privado del petróleo mexicano por la mala voluntad del general Cárdenas y no por el propio boicot de Chamberlain. Pero entonces, las «democracias» plantean una forma simple de paralizar el complot «fascista»: ¡déjenlos comprar petróleo mexicano, una vez más petróleo mexicano y de nuevo petróleo mexicano! Para cualquier persona honesta y sensible estaría ahora fuera de toda duda que si México se encontrase forzado a vender oro líquido a los países fascistas, la responsabilidad de este acto recaería total y completamente sobre los gobiernos de las «democracias» imperialistas.

INICIATIVA DESDE MOSCÚ

Detrás de Marianne y su gente están los instigadores de Moscú. Esto parece absurdo a primera vista, ya que otros instigadores de la misma escuela utilizan libretos diametralmente opuestos. Pero todo el secreto está en el hecho de que los amigos de la GPU adaptan sus puntos de vista a las graduaciones geográficas de latitud y longitud. Si algunos de ellos les promete apoyo a México, otros pintan al general Cárdenas como aliado de Hitler. Desde el último punto de vista, la rebelión del petróleo de Cárdenas debería de ser vista, según parece, como una lucha en favor de los intereses de la democracia mundial.

Sin embargo, abandonemos a su propia suerte a los payasos e intrigantes. No estamos pensando en ellos sino en los obreros con conciencia de clase del mundo entero. Sin sucumbir a las ilusiones y sin temer a las calumnias, los obreros avanzados apoyarán completamente al pueblo mexicano en su lucha contra los imperialistas. La expropiación del petróleo no es ni socialista ni comunista. Es una medida de defensa nacional altamente progresista. Por supuesto, Marx no consideró que Abraham Lincoln fuese un comunista; esto, sin embargo, no le impidió a Marx tener la más profunda simpatía por la lucha que Lincoln dirigió. La Primera Internacional envió al presidente de la Guerra Civil un mensaje de felicitación, y Lincoln, en su respuesta, agradeció inmensamente este apoyo moral.

TRABAJADORES, APOYEN A MÉXICO

El proletariado internacional no tiene ninguna razón para identificar su programa con el programa del gobierno mexicano. Los revolucionarios no tienen ninguna necesidad de cambiar de color y de rendir pleitesía a la manera de la escuela de cortesanos de la GPU, quienes, en un momento de peligro, venden y traicionan al más débil.

Sin renunciar a su propia identidad, todas las organizaciones honestas de la clase obrera en el mundo entero, y principalmente en Gran Bretaña, tienen el deber de asumir una posición irreconciliable contra los ladrones imperialistas, su diplomacia, su prensa y sus áulicos fascistas. La causa de México, como la causa de España, como la causa de China, es la causa de la clase obrera internacional. La lucha por el petróleo mexicano es sólo una de las escaramuzas de vanguardia de las futuras batallas entre los opresores y los oprimidos. ■

Tesis sobre el papel mundial del imperialismo estadounidense

(Extracto)

Aprobadas por el Congreso Fundacional de la Cuarta Internacional, 3 de septiembre de 1938

Las principales esferas de actividad del imperialismo yanqui están repartidas entre los continentes de Europa, Asia y América Latina, en los cuales persigue una política conforme a sus intereses generales, y adaptada a las condiciones concretas de sus relaciones con las otras potencias.

En América Latina, aunque se choca con el poderoso rival que constituye Inglaterra y en una menor medida, aunque creciente, Japón y Alemania, EEUU sigue siendo la fuerza imperial dominante.

EEUU apareció en la escena más tarde que países como España, Portugal, Alemania o Inglaterra, pero a comienzos de siglo ya era capaz de superar a sus rivales. Su rápido desarrollo industrial y financiero, las preocupaciones de las potencias europeas durante la guerra imperialista mundial y su transformación en acreedor mundial durante este período, le ha permitido a EEUU alcanzar la cumbre, estableciendo su hegemonía imperialista en la mayoría de los países de América central, del Sur y del mar del Caribe.

Proclamó su intención de mantener esta hegemonía contra los intentos del imperialismo europeo y japonés. La forma política de esta proclamación es la doctrina Monroe que, particularmente, luego del despliegue de una política abiertamente imperialista a fines del siglo XIX, fue interpretada uniformemente por todas las administraciones de Washington como el derecho del imperialismo norteamericano de dominar a



«Sótano con provisiones», cartel de la URSS de 1973

Opuesto: Trotski durante su exilio en México

los países de América Latina, como una etapa hacia la posición de explotador exclusivo. En los países del Caribe centroamericano y del norte de Sudamérica, en particular, esto ha supuesto la reducción de los pueblos a la condición de colonias o semicolonias oprimidas por el imperialismo yanqui y la imposición, a menudo mediante el uso más descarado de la fuerza, de gobiernos que no son más que meras marionetas en manos de Wall Street, respaldados por la intervención diplomática y militar directa del gobierno de los Estados Unidos.

El obstáculo más activo y poderoso para una verdadera independencia de América Latina es el imperialismo yanqui, cuya masa de miles de millones de dólares está invertida principalmente en el hemisferio oriental. El carácter real del capitalismo «democrático» norteamericano se revela claramente por las dictaduras tiránicas de los países de América del Sur, cuya suerte está inextricablemente ligada a la suya, y que durarán tanto como él. Los déspotas sedientos de sangre que oprimen a millones de campesinos y obreros de América Latina, los Vargas[3] y los Batista,[4] no son en el fondo, más que el instrumento político de EEUU, «democrático» e imperialista.

En países como Puerto Rico, el imperialismo norteamericano provoca y suprime brutalmente al movimiento nacionalista, gracias al gobernador Winshin. La burguesía nacional ascendente en numerosos países de América del Sur, esperando una mayor parte del botín, y luchando por una independencia más completa, es decir, por la posición dominante en la explotación de su propio país, trata, en verdad, de utilizar las rivalidades y los conflictos de los imperialistas extranjeros tras este objetivo. Pero su debilidad general y su apariencia retardada le impiden alcanzar un elevado nivel de desarrollo, que escapa al papel de instrumento de un imperialismo contra otro. No puede encarar una lucha seria contra toda dominación imperialista y por una verdadera independencia nacional, porque teme desencadenar un movimiento de masas de los trabajadores del país, que amenazaría su propia existencia. El reciente ejemplo de Vargas, que intenta utilizar la rivalidad entre EEUU y Alemania, pero al mismo tiempo, mantiene la más salvaje dictadura sobre las masas populares brasileñas, es un ejemplo destacable.

La administración Roosevelt, a pesar de sus amables pretensiones, no ha aportado ninguna modificación a la tradición imperialista de sus predecesores. Repitió con énfasis la mentirosa doctrina Monroe: ha confirmado su reclamo de derechos monopolistas sobre América Latina en las conferencias de Buenos Aires; ha santificado con su aprobación los abominables regímenes de Vargas y de Batista; su reivindicación de una policía marítima más poderosa en el Atlántico y no solo en el Pacífico, prueba su celo por desarrollar las fuerzas armadas de EEUU para la defensa de su poder imperialista en la parte sur del hemisferio.

Bajo Roosevelt, la política del puño de acero en América del Sur está recubierta por el guante de las pretensiones demagógicas de amistad y de «democracia». La política[5] del «buen vecino» no es otra cosa que el intento de unificar el hemisferio sur bajo la hegemonía de Washington, como un bloque sólido que lleva a cerrar la puerta de los dos continentes americanos a todas las otras potencias imperialistas. Esta política está apoyada materialmente en acuerdos comerciales favorables, que EEUU se esfuerza en concluir con los países de América Latina, con la esperanza de alejar sistemáticamente a los rivales del mercado.

El papel decisivo que cumple el comercio exterior en la vida económica de EEUU le impone esfuerzos cada vez más acentuados para excluir a todos los competidores del mercado sudamericano, combinando la producción barata, la diplomacia, la chicana, y si es necesario,

3 Getúlio Vargas, presidente de Brasil de 1930 a 45, y que estableció la dictadura del "Estado Novo" que duró desde 1937 a 1945.

4 Fulgencio Batista, presidente de Cuba desde 1940-44, y nuevamente desde 1952-59 después de haber tomado el poder a través de un golpe militar.

5 Introducido por Roosevelt en 1933, proclamó "no intervención" de los Estados Unidos en América Latina y enfatizó la cooperación económica, como una cobertura para asegurar su dominación.

la fuerza. Actualmente, esto es particularmente cierto en lo que concierne a Alemania y Japón. Siempre que el conflicto imperialista fundamental en América Latina (especialmente en países como México o Argentina) siga siendo el de Inglaterra y EEUU, ante todo se expresa económicamente en el terreno de las inversiones de capitales.

En el terreno del comercio exterior, sin embargo, los principales rivales inmediatos de EEUU son Alemania, y en creciente medida, Japón. Dada su situación mundial respectiva, EEUU e Inglaterra pueden colaborar por el momento expulsando de América Latina a Alemania y Japón, pero con la única condición que la colaboración siga estando dirigida por EEUU. En compensación, el imperialismo yanqui apoya parcialmente al imperialismo inglés en el continente europeo.

Al mismo tiempo, la política del imperialismo norteamericano aumentará necesariamente la resistencia revolucionaria de los pueblos latinoamericanos, a quienes va a explotar de manera intensificada. Esta resistencia encontrará la reacción más feroz por parte de EEUU quien intentará suprimirla, y se revelará más claramente aún como el gendarme de la explotación imperialista extranjera, y como el apoyo de las dictaduras indígenas. Así, por toda su actitud, Washington y Wall Street desempeñará un creciente papel reaccionario en los países de América Latina. De este modo, EEUU sigue siendo el amo predominante y agresivo de América del Sur, listo para defender esta posición por las armas contra todo asalto serio de sus rivales imperialistas, o todo intento de los pueblos de América Latina de liberarse de la dominación del explotador. [...]

Los partidos de la IV Internacional están a favor de la independencia inmediata e incondicional de Puerto Rico, de las islas Vírgenes, de Filipinas, de las islas de Hawai, Samoa y las otras colonias directas, dependencias y protectorados del imperialismo norteamericano.

La capitulación de la burguesía nacional de Filipinas ante la dominación norteamericana, al igual que el intento de algunos partidos de la burguesía de América del Norte de utilizar el sentimiento de independencia nacional a favor de sus propios objetivos, muestra que una dirección de clase proletaria en los países coloniales será la única garantía para que la lucha por la verdadera independencia nacional sea llevada adelante con fuerza y hasta el final.

Al mismo tiempo, los miembros de la IV Internacional subrayan que ningún país de América Latina o del Pacífico, que ahora se encuentran bajo algún grado de dominación del imperialismo yanqui, puede alcanzar su liberación completa si esta se



limita a sus propios esfuerzos. Únicamente una unión de los pueblos de América Latina, orientada hacia una América socialista vivificada, aliada al proletariado revolucionario de EEUU, será lo bastante fuerte para expulsar con éxito al imperialismo de América del Norte.

De la misma manera, los pueblos del Viejo Mundo no pueden resistir con éxito la presión del coloso yanqui, que los empobrece y los empuja hacia la guerra, más que estableciendo los Estados Unidos de Europa, bajo la dirección socialista del proletariado, los pueblos del hemisferio oriental no pueden asegurar una plena independencia nacional, posibilidades de desarrollo ilimitado y el fin de la explotación de los tiranos extranjeros e indígenas más que uniéndose en la Unión de las Repúblicas socialistas de América. ■

Manifiesto de la Cuarta Internacional sobre la guerra imperialista y la revolución mundial proletaria

(Extracto)

Aprobado por la Conferencia de Emergencia de la Cuarta Internacional, 19-26 de mayo de 1940

El monstruoso crecimiento del armamentismo en Estados Unidos prepara una solución violenta de las complejas contradicciones que aquejan al Hemisferio Occidental. Pronto se planteará como problema inmediato el destino de los países latinoamericanos. El interludio de la política «del buen vecino» está llegando a su fin. [Franklin D] Roosevelt o quien lo suceda se sacarán a breve lapso el guante de terciopelo y mostrarán el puño de hierro. Las tesis de la Cuarta Internacional declaran:

> «Sud y Centro América sólo podrán romper con el atraso y la esclavitud uniendo a todos sus estados en una poderosa federación. Pero no será la retrasada burguesía sudamericana, agente totalmente venal del imperialismo extranjero, quien cumplirá este objetivo, sino el joven proletariado sudamericano, destinado a dirigir a las masas oprimidas. La consigna que presidirá la lucha contra la violencia y las intrigas del imperialismo mundial y contra la sangrienta explotación de las camarillas compradoras nativas será, por lo tanto: Por los estados unidos soviéticos de Sud y Centro América.»

Escritas hace seis años, estas líneas adquieren ahora una candente actualidad.

Sólo bajo su propia dirección revolucionaria el proletariado de las colonias y las semicolonias podrá lograr la colaboración firme del proletariado de los centros metropolitanos y de la clase obrera mundial. Sólo esta colaboración podrá llevar a los pueblos oprimidos a su emancipación final y completa con el derrocamiento del imperialismo en todo el mundo. Un triunfo del proletariado internacional libraría a los países coloniales de un largo y trabajoso período de desarrollo capitalista, abriéndoles la posibilidad de llegar al socialismo junto con el proletariado de los países avanzados.

La perspectiva de la revolución permanente no significa de ninguna manera que los países atrasados tengan que esperar de los adelantados la señal de partida, ni que los pueblos coloniales tengan que aguardar pacientemente que el proletariado de los centros metropolitanos los libere. El que se ayuda consigue ayuda. Los obreros deben desarrollar la lucha revolucionaria en todos los países, coloniales o imperialistas, donde haya condiciones favorables, y así dar el ejemplo a los trabajadores de los demás países. Sólo la iniciativa y la actividad, la decisión y la valentía podrán materializar realmente la consigna «¡Obreros del mundo, uníos!» ■

POR QUÉ SE PRODUJO EL CRAC DEL 29?

Reseña de «1929: La historia secreta del mayor colapso de la historia de Wall Street»

La crisis financiera de Wall Street de 1929 fue un punto de inflexión en la historia mundial. En esta reseña del último libro de Andrew Ross Sorkin, *1929*, **James Kilby** analiza por qué se produjo realmente la crisis, algo que el libro no logra explicar.

El último libro de Andrew Ross Sorkin, *1929*, ofrece un relato apasionante del crac de Wall Street, narrado como un reportaje de primera mano sobre las vidas de los banqueros y políticos que se encontraban en el centro de los acontecimientos.

Sin embargo, aunque el libro plasma el dramatismo de este punto de inflexión en la historia, no logra ofrecer una explicación convincente de por qué se produjo realmente la crisis. En cambio, intenta rehabilitar la reputación de ciertas figuras del establishment, al tiempo que justifica la naturaleza cíclica del capitalismo, caracterizada por los auges y las caídas.

Dado que economistas y banqueros advierten hoy en día de la posibilidad de que se produzca otra crisis similar a la de 1929, la publicación del libro en octubre de 2025 resulta muy oportuna.

De hecho, Sorkin destaca los paralelismos entre 1929 y la actualidad: la arrogancia de los banqueros de Wall Street; los precios de las acciones enormemente inflados; la especulación financiada con niveles de endeudamiento astronómicos; y las señales de alerta ignoradas por «miedo a perderse algo». Por ello, nos ofrece su relato histórico con la esperanza de que quienes están en condiciones de influir en los acontecimientos puedan aprender algo de él.



DRAMA

Como relato de los vertiginosos altibajos de finales de los años veinte y principios de los treinta, el libro resulta sin duda fascinante. Sorkin ha rebuscado entre «cartas privadas, diarios, memorandos, notas, testimonios orales, actas judiciales, transcripciones de reuniones de juntas directivas, declaraciones y demandas» para construir perfiles creíbles de los protagonistas clave de la crisis.[1] Aunque la mayoría de nosotros no derramaremos lágrimas por las penurias de algunos de los hombres más ricos de la historia, es difícil no sentirse envuelto en sus tensiones y temores durante las semanas más turbulentas de octubre de 1929.

Los capítulos del libro que tratan sobre los turbulentos días del propio colapso se encuentran entre los más apasionantes. El pánico se apodera de la bolsa. Se reúnen multitudes. Las cintas telegráficas que registran los precios de las acciones son incapaces de seguir el ritmo de las transacciones. Se negocian cantidades récord de acciones. Los dirigentes bancarios se reúnen en secreto e intentan en vano apuntalar el mercado. Se pierden fortunas, se arruinan vidas. Algunos recurren al suicidio. Otros, que tuvieron la previsión de vender en corto, ganan millones.

Sorkin nos guía a través de los acontecimientos a través de las vidas de los protagonistas, desde la oligarquía bancaria neoyorquina hasta el Congreso y la Casa Blanca. De este modo, nos permite conocer cuáles cree Sorkin que eran sus aspiraciones, sus egos, su moral y también sus inquietudes. Así, el lector se ve inmerso en los acontecimientos de una forma que no sería posible en una obra histórica tradicional.

LA CODICIA ES BUENA

El libro entrelaza hábilmente las vidas de estos protagonistas —tal y como sucedió en realidad— para ofrecer una imagen de una élite muy unida, cuyos miembros se confabularon entre sí para amasar fortunas increíbles.

Gran parte del libro se dedica a detallar las acciones moralmente cuestionables, aunque técnicamente legales, de la élite de Wall Street, así como su red de conexiones con figuras clave del Estado: la manipulación del mercado bursátil, el uso de información privilegiada, la concesión imprudente de créditos, la corrupción de políticos, etcétera.

La conclusión es que, de no ser por la codicia y las prácticas deshonestas de una élite egoísta, la crisis de 1929 podría haberse evitado, o al menos haberse mitigado considerablemente. Sin embargo,

en el epílogo del libro, Sorkin revisa la reputación de algunos de los principales banqueros de Wall Street, dando a entender que se les ha tachado injustamente de villanos. Concluye que:

> «… salvo el desacreditado Richard Whitney [que robó grandes sumas de dinero a sus clientes] y Albert Wiggin [que vendió en corto las acciones de su propio banco], es difícil argumentar que alguna de las demás figuras financieras destacadas de la época hiciera algo notablemente peor de lo que la mayoría de las personas habrían hecho en su lugar y en esas circunstancias.»[2]

En otras palabras, no hay que culpar a los banqueros, ya que (en su mayoría) solo seguían las reglas de su propio juego. Pero si ese era el caso —y de hecho lo era—, entonces sin duda Sorkin debería cuestionar el propio sistema capitalista, ya que, en última instancia, es el capitalismo el que determina las reglas del juego, fomentando todas las prácticas turbias que se revelan en su libro.

Pero en el siguiente párrafo, Sorkin escribe:

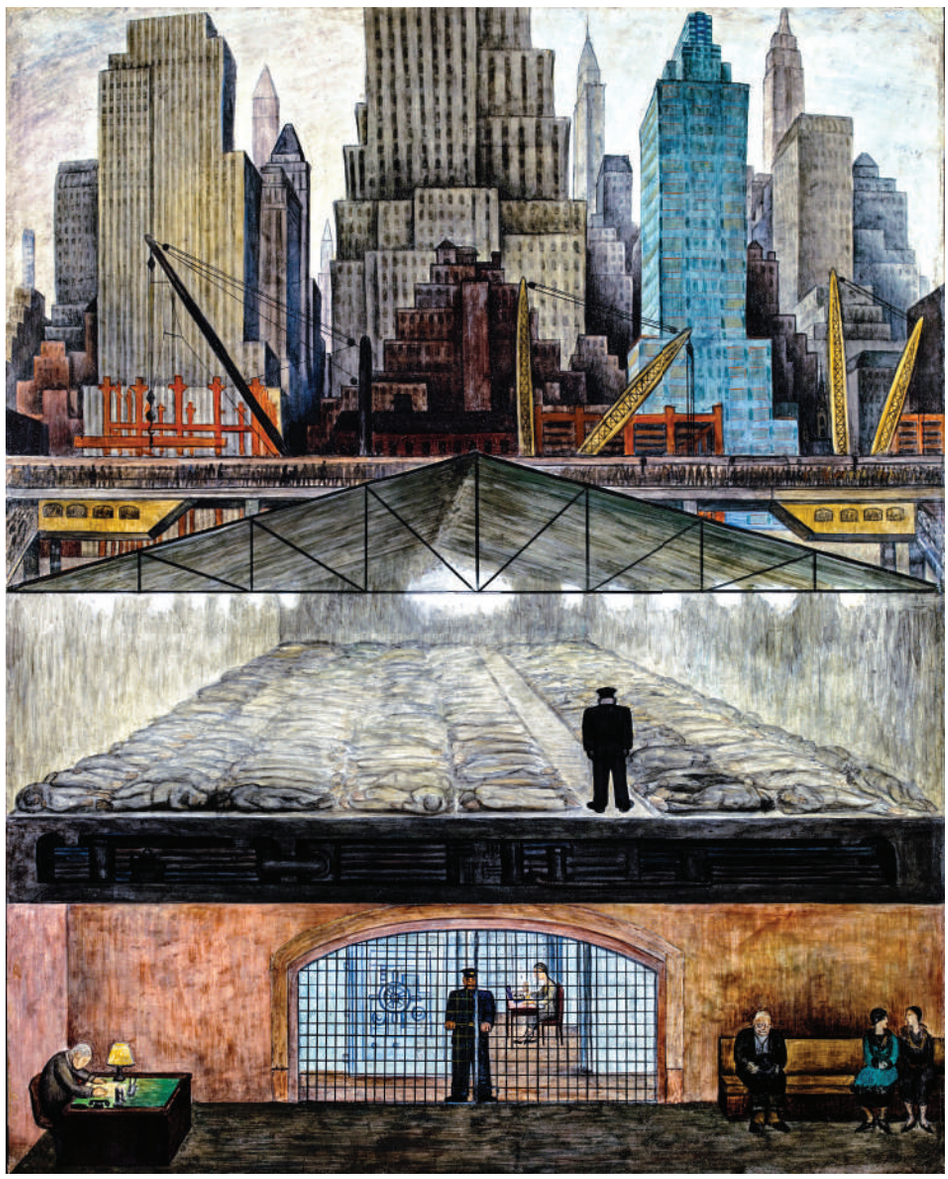
> «Los mercados no son competiciones de virtud y honor. Al enfrentar la codicia de sus participantes entre sí, avanzan de forma caótica hacia precios justos y razonables. Con el tiempo, en conjunto, el sistema funciona, aunque en un momento dado pueda parecer un caos absoluto.»[3]

Así pues, tras dedicar más de 400 páginas a desvelar las prácticas moralmente cuestionables de la «bancocracia» de Wall Street, el «caos absoluto» de la crisis y la devastación de la posterior depresión, el libro concluye tranquilizándonos con la idea de que todo salió bien, ya que la mano invisible del mercado trazó su camino hacia unos «precios justos y razonables».

DEFENSOR DEL CAPITALISMO

Resulta que, por lo tanto, Sorkin no es más que un defensor del capitalismo. Esto no debería sorprendernos, dado que es corresponsal de economía y política de *The New York Times*. También es copresentador del programa *Squawk Box de la CNBC,* que se promociona como «una cita ineludible para todo el mundo, desde el operador profesional hasta el inversor ocasional».[4] De hecho, *1929* apareció en las listas de «los mejores libros de 2025» del *Financial Times*, *The Economist*, *Bloomberg* y *The New York Times*.

Sin duda, para aquellos miembros del establishment financiero actual que se sienten inquietos ante la posibilidad de una crisis inminente, *1929* debería resultar una lectura reconfortante. Además de tranquilizar a los banqueros asegurándoles que su codicia redunda en el bien común, el epílogo del libro repasa lo que les sucedió a los titanes de Wall Street en las décadas posteriores al colapso. Aunque algunos perdieron sus fortunas y tuvieron que declararse en quiebra, «los hombres más ricos de Estados Unidos pudieron, en gran medida, mantener sus lujosos estilos de vida a lo largo de la década de 1930».[5]



Fondos congelados (1931), Diego Rivera

Opuesto: Un trabajador barre el suelo de la Bolsa de Nueva York, 1929

Sorkin concluye *1929* con una defensa final del capitalismo:

> «En última instancia, la historia de 1929 no trata de los tipos de interés ni de la regulación, ni de la astucia de los vendedores en corto ni de los fracasos de los banqueros. Trata de algo mucho más perdurable: *la naturaleza humana*. Por muchas advertencias que se hagan o por muchas leyes que se aprueben, la gente siempre encontrará nuevas formas de creer que los buenos tiempos pueden durar para siempre. Vestirán la esperanza de certeza. Y en ese frenesí colectivo, la humanidad volverá a perder la cabeza una y otra vez.»[6] (El énfasis es nuestro.)

En otras palabras, el capitalismo, con todos sus auges y caídas, con toda su codicia, caos, explotación y desigualdad, no es más que la naturaleza humana. Por lo tanto, se nos hace creer que no sirve de nada quejarse de él ni intentar cambiarlo, ya que así es como somos y siempre seremos. Esta defensa del capitalismo es tan antigua como el propio capitalismo.

¿UNA CUESTIÓN DE CONFIANZA?

Aunque el dramatismo del crac de Wall Street sin duda hace que *1929* sea una lectura apasionante, la obra se queda muy corta en su intento de explicar realmente *por qué* ocurrió. Como es habitual entre los economistas burgueses, Sorkin rara vez se aleja de los pensamientos y sentimientos subjetivos de los individuos para explicar la dinámica del sistema capitalista.

Sorkin hace numerosas referencias al colapso de la *confianza,* a la que se refiere como «el alma de nuestra economía», durante y después del crac. [7] Si a esto le sumamos la explosión de la deuda durante los años veinte —la deuda privada estadounidense se duplicó con creces entre 1916 y 1929—, Sorkin cree haber encontrado la razón de la locura bursátil y la posterior crisis:[8]



Multitudes reunidas frente a la Bolsa de Nueva York el «Jueves Negro», 24 de octubre de 1929

Opuesto: «$100 por este auto. En efectivo. Lo perdí todo en la Bolsa.»

> «El hilo conductor casi único que subyace a todas las grandes crisis financieras es uno solo: la deuda. Se trata de una fuerza tremendamente optimista. Si imaginamos el futuro como una tierra de oportunidades y prosperidad en constante expansión, ¿por qué no íbamos a aprovechar algunos de esos recursos para utilizarlos hoy? Eso es lo que hace la deuda: atrae la riqueza del mañana hacia el presente. *Los problemas surgen cuando nos dejamos llevar por la codicia y tomamos demasiado.* Nadie sabe con certeza *dónde está el límite* —ni qué hacer cuando descubrimos que lo hemos sobrepasado. En ese momento, el pánico es la reacción natural. El futuro de repente se vuelve tan pequeño y oscuro que ya no queda suficiente optimismo del que sacar partido.»[9] (El énfasis es nuestro.)

Esto sugiere, en efecto, que existe un límite objetivo a la expansión de la deuda, una «línea» que, una vez traspasada, la convierte de un factor de expansión en un factor de crisis. Sorkin, sin embargo, no logra desentrañar por qué existe ese límite ni por qué se traspasó en 1929. Lo único que se nos dice es que la gente se volvió «codiciosa» y tomó «demasiado». Pero, ¿cuánto es demasiado?

Más adelante, Sorkin ofrece una explicación más detallada tras presentar al economista Roger Babson —apodado «el profeta de la crisis»—, quien el 2 de septiembre de 1929 advirtió de que el auge bursátil se encaminaba hacia una caída. Sorkin comenta que había un «indudable halo de verdad» en lo que Babson había dicho:

> «Para cualquiera dispuesto a analizar la situación con detenimiento, era evidente que la economía estadounidense se estaba debilitando. Durante el verano, la producción de acero y el transporte ferroviario de mercancías habían comenzado a descender. Tras alcanzar su punto álgido en junio, el índice mensual de producción industrial de la Reserva Federal empezó a descender. Por sí solas, ninguna de estas cifras era motivo de gran preocupación. Pero, si se consideraban junto con la constante subida del mercado bursátil, el panorama resultaba preocupante.»[10]

Sin embargo, a pesar de esta breve mención a la desaceleración de la economía estadounidense subyacente en 1929, Sorkin elude la pregunta clave: ¿por qué ocurrió? Se presenta simplemente como un hecho dado, como la llegada del otoño tras el verano. No hay más comentarios sobre las posibles causas de la desaceleración económica, ni sobre su relación con el estallido final de la burbuja. Al igual que muchos economistas burgueses, Sorkin trata las crisis del capitalismo como meros acontecimientos accidentales, en lugar de como productos necesarios del sistema.

Esto queda patente sobre todo en la conclusión de Sorkin, donde se pregunta:

> «¿Se podría haber evitado la crisis de 1929? La respuesta breve es sí. Hubo muchas oportunidades para frenar las fuerzas de la especulación antes de que se descontrolaran. La respuesta larga es que habría hecho falta una clarividencia casi divina para ver más allá de los incentivos a corto plazo de ganar dinero y centrarse, en cambio, en las consecuencias a largo plazo.»[11]

En otras palabras, según Sorkin, las crisis no son una característica objetiva de la producción capitalista, sino el resultado de las deficiencias de la conciencia humana y de la codicia.

Pero, como el propio Sorkin reconoce, Babson no era el único preocupado por el sobrecalentamiento de la economía en 1929. La Reserva Federal intentó tomar medidas en marzo de ese año, pero finalmente desistió por temor a provocar un colapso de la economía. Así pues, aunque alguien con una premonición divina hubiera estado en condiciones de «enfriar los ánimos en Wall Street, eso no habría evitado la crisis, sino que solo *la habría adelantado*. De hecho, la especulación desenfrenada estaba relacionada en sí misma con la crisis subyacente de la economía, como veremos.

¿POR QUÉ SE PRODUJO EL ACCIDENTE?

La razón fundamental por la que los economistas burgueses tratan las crisis del capitalismo de forma tan superficial es que profundizar en ellas significaría reconocer que el capitalismo es un sistema basado en la explotación de la clase trabajadora. Y, en consecuencia, las crisis son características inevitables del sistema.

Como explicó Marx, el motor de la economía capitalista no es la «confianza», sino la producción y el intercambio de mercancías, con el fin de obtener beneficios y acumular capital. La «confianza» que necesitan los capitalistas para mantener este sistema en marcha es la convicción de que el capital que invierten —por cualquier medio— *les reportará efectivamente un beneficio*.

Los beneficios —la rentabilidad obtenida a partir del valor añadido al capital invertido— se derivan, en última instancia, de la explotación de la clase trabajadora. Esto se debe a que solo el trabajo humano crea nuevo valor en la producción de mercancías. El uso de la maquinaria solo puede potenciar el trabajo humano, haciéndolo más eficiente; el valor de las propias máquinas se transfiere a la mercancía durante el proceso de producción, como lo demuestran su depreciación y su necesidad de mantenimiento.

Sin embargo, a pesar de ser la fuente del valor nuevo que se crea en la producción de mercancías, a la clase trabajadora solo se le paga una fracción de este valor en forma de salario. Marx denominó «plusvalía» a la diferencia entre el valor que el trabajador aporta a la producción mediante su trabajo y la cantidad que recibe en concepto de salario.

En *El capital*, Marx demostró que es la plusvalía la fuente de la ganancia. Pero para que los capitalistas puedan obtener las ganancias contenidas en las mercancías, estas deben *venderse* a un comprador.

El problema para el capitalismo es que esto genera una contradicción. Por

un lado, los capitalistas amplían continuamente la capacidad productiva con el fin de hacerse con una mayor cuota de mercado a expensas de sus competidores, inundando así el mercado con mercancías como si la demanda no tuviera límites. Por otro lado, la parte del valor total producido que va a parar a la clase trabajadora en forma de salarios tiende a reducirse, lo que necesariamente limita la cantidad de «demanda efectiva» necesaria para absorber todos estos productos.

Una solución parcial a este problema radica en el hecho de que no todos los productos básicos son bienes destinados a ser comprados y consumidos por la clase trabajadora. Muchas de ellas acabarán como componentes de la cadena de producción, es decir, son adquiridas por otros capitalistas. Y para que los capitalistas puedan poner a trabajar los beneficios obtenidos con el fin de obtener más beneficios —además de mantenerse por delante de la competencia—, deben invertir en la expansión de su producción. Esto requiere inversiones en más medios de producción, incluyendo materias primas, maquinaria, infraestructura, etc.

Sin embargo, en última instancia, en lugar de resolver esta contradicción del capitalismo, esta «solución» no hace más que intensificarla a un nivel superior. Esto se debe a que, para que esta capacidad industrial ampliada se aproveche de forma rentable, es necesario encontrar aún más compradores para la mayor cantidad de mercancías producidas.

Sorkin no menciona que, en los Estados Unidos de la década de 1920, la inversión de capital se estaba ralentizando, ya que los mercados se encontraban cada vez más saturados. Incluso en pleno apogeo del auge de los «locos años veinte», la capacidad industrial sin utilizar llegó a alcanzar el 20 %. Como capitalista, ¿por qué invertir entonces en ampliar la producción, si no se podían rentabilizar las fábricas existentes?

Es aquí donde el papel del crédito y el fenómeno de la especulación se hacen más evidentes. El crédito es un medio para ampliar temporalmente el poder adquisitivo de los compradores, lo que contribuye a paliar los déficits de demanda. Por un lado, esto se utiliza para ampliar el alcance de los mercados de consumo. Por otro lado, los capitalistas lo utilizan para ampliar su propia producción con el fin de competir con otros capitalistas, independientemente de la demanda de sus productos. Pero, como cualquier deudor descubre tarde o temprano, al final hay que devolverlo, y con intereses. Por lo tanto, es un medio de resolver un problema hoy creando más problemas en el futuro.

Entre 1919 y 1929, el aumento medio de la productividad en 59 sectores se situó entre el 40 % y el 50 %. Dado que los precios y los salarios se mantuvieron estables, esto supuso un rápido incremento de los beneficios para los ricos. De hecho, durante el auge de 1924-1929, los beneficios industriales aumentaron un 156 %. Esto dio lugar a que una enorme cantidad de capital buscara vías rentables de inversión.

Pero, ante la creciente saturación de los mercados, los capitalistas se dieron cuenta cada vez más de que podían obtener mayores beneficios apostando su dinero en la bolsa. Con los precios de las acciones en constante alza —a menudo duplicándose en un año—, todo el mundo quería participar en el negocio, lo que dio lugar a una burbuja que se alimentaba a sí misma. Tomemos, por ejemplo, RCA (Radio Corporation of America), que, al basarse en una nueva tecnología en auge, se convirtió en la acción más cotizada de la década. Las acciones de RCA cotizaban a 1,50 dólares por acción en 1921, a 43 dólares en 1926 y a 115 dólares en marzo de 1929, antes de alcanzar su máximo de 568 dólares en septiembre de 1929.[12]

Además, los bancos se beneficiaron prestando el capital excedente a los especuladores, lo que amplió enormemente los límites de la burbuja antes de su inevitable colapso. Los denominados préstamos «de margen», destinados a la compra de acciones a crédito, pasaron de 1.000 millones de dólares a principios de la década a casi 6.000 millones en 1929. Por lo tanto, el motor de dicha especulación no fue simplemente la «codicia», sino la propia lógica del beneficio.

El resultado fue lo que Marx denominó una «crisis de sobreproducción»: un fenómeno exclusivo del capitalismo. La economía se ve sacudida por una crisis porque se producen demasiadas cosas —no



demasiadas para satisfacer las necesidades de la gente, sino *demasiadas para poder venderse con beneficios en el mercado*.

A principios de 1929, ya había indicios de que el sistema estaba llegando a sus límites. Las cifras de la producción automovilística estadounidense, un sector clave, lo ilustran claramente. La producción descendió de 660.000 unidades en marzo de 1929 a 440.000 en agosto. En septiembre bajó a 416.000 y, posteriormente, a 319.000 en octubre.

El Índice de Producción Industrial de la Reserva Federal mostró una tendencia similar. Tomando como referencia el nivel de 1923-1925 (100), la producción alcanzó un máximo de 126 en junio de 1929. Este valor descendió a 122 en septiembre y, posteriormente, a 117 en octubre. Era evidente que los mercados rentables se estaban agotando.

Es cierto que, en un momento dado, la confianza en la subida incesante del mercado bursátil se derrumbó, lo que provocó una caída espectacular. Pero lo fundamental es que hubo una razón de peso para ello: el reconocimiento de que la economía subyacente estaba llegando a sus límites.

Sorkin señala una serie de incidentes ocurridos en septiembre y octubre de 1929 que, según se cree, asustaron a los inversores y desencadenaron la crisis. Pero, aunque nadie puede afirmar con certeza cuál fue exactamente el detonante, este no fue más que el accidente que puso de manifiesto la necesidad más profunda del sistema de entrar en crisis. Todas las contradicciones del período anterior se habían acumulado hasta llegar a un punto de ruptura.

EL NEW DEAL Y LAS MASAS

La segunda mitad de *1929* aborda las consecuencias del crac bursátil y la posterior «Gran Depresión». Sin embargo, dado que el libro se centra en las vidas de los principales banqueros y políticos, pasa por alto el acontecimiento más significativo de este periodo: el impacto que tuvo en las masas estadounidenses.

Gran parte del resto del libro trata sobre la llegada al poder de Franklin D. Roosevelt, las investigaciones del Senado sobre el papel de Wall Street en la crisis bursátil y la aprobación de la Ley Glass-Steagall para reformar el sector bancario. La impresión general que se desprende es que Washington tomó medidas para poner fin a los excesos de Wall Street y que, a pesar de otra crisis bursátil en 1937, el sistema quedó finalmente saneado.

Lo que falta en este relato es la inquietud que sintieron ciertos sectores de la clase dirigente estadounidense en los años previos a 1933 ante la creciente amenaza de una revolución.

Sin un sistema de bienestar social estatal, se estaban sentando las bases para una explosión social. A principios de la década de 1930, los trabajadores desempleados se organizaban cada vez más. Se produjeron incidentes en los que cientos, o incluso miles, de desempleados irrumpían en fábricas para exigir trabajo y en oficinas gubernamentales para reclamar ayudas. Posteriormente, en el invierno de 1932, se generalizó la práctica de que grandes grupos de agricultores armados impidieran por la fuerza las ejecuciones hipotecarias y los desalojos de sus tierras.

El New Deal de Roosevelt reflejó el intento de un sector de la clase dominante de impedir una revolución desde abajo mediante reformas impuestas desde arriba. Sin embargo, salvo un párrafo dedicado a algunas de las instituciones del New

Opuesto: *Construcción de una presa* (1939), mural de William Gropper

Tragedia estadounidense (1937), óleo sobre lienzo de Philip Evergood





Deal y a las reformas bancarias, nada de esto se aborda en *1929*.

En cambio, Sorkin resume así el impacto en las masas en su epílogo:

> «Si hay una lección valiosa que podemos extraer del siglo XX —y, probablemente, de toda la historia en general—, es que las sociedades son increíblemente resilientes. La gente se recupera de la adversidad. En ese sentido, 1929 es un año singular, ya que dio lugar al periodo de estancamiento económico más prolongado de la historia de Estados Unidos. Sin embargo, el trauma del propio colapso pasó relativamente rápido.
>
> Ya en la primavera de 1930, Wall Street estaba lista para seguir adelante. El problema era que el resto del país no lo estaba, y Wall Street acabó careciendo del superpoder que creía tener. La devastación provocada por la caída del mercado bursátil —no solo durante la propia crisis, sino durante la mayor parte de la década posterior— causó un dolor insoportable a millones de estadounidenses. Les llevó no solo a dar la espalda al mercado, sino también a vilipendiar a quienes se ganaban la vida comprando y vendiendo acciones.»[13]

Y ahí lo tenemos: la Gran Depresión se puede resumir con la lamentación de que, aunque los banqueros de Wall Street se recuperaron rápidamente de su trauma, los estadounidenses de a pie simplemente no estaban preparados para pasar página. Y que tomen nota los banqueros de hoy en día: ¡ellos también empezaron a vilipendiar a Wall Street!

En realidad, las medidas del New Deal de Roosevelt para impulsar la demanda en la economía mediante la financiación del déficit público dieron lugar a una recuperación efímera de la economía estadounidense entre 1933 y 1937. Sin embargo, posteriormente, al recortarse las ayudas bajo la presión de equilibrar las cuentas, la economía volvió a entrar en declive.

La profunda crisis que caracterizó la década de 1930 no tuvo nada que ver con la disposición de los estadounidenses de a pie a «pasar página». Era un síntoma de que el capitalismo a escala mundial había alcanzado sus límites, una situación a la que Trotski se refería como una «crisis orgánica» del sistema. Las barreras de la propiedad privada de los medios de producción y del Estado-nación se habían convertido en trabas absolutas, en lugar de relativas. Como tal, las fuerzas productivas no podían desarrollarse como en el pasado, lo que dio lugar a un período de desempleo masivo y a la caída del nivel de vida.

Mientras tanto, en Estados Unidos se produjo una explosión de la organización sindical en los años posteriores a 1933, con millones de trabajadores afiliándose a los sindicatos. Se libraron encarnizadas batallas por el reconocimiento sindical, matones a sueldo de los empresarios asesinaron a piquetes y varias huelgas generales paralizaron ciudades y regiones. La conciencia de un amplio sector de la clase trabajadora se transformó en ese proceso.

Lo que Sorkin omite convenientemente en su relato es que fue la Segunda Guerra Mundial la que finalmente puso fin a la depresión: en primer lugar, gracias a la absorción del desempleo mediante el servicio militar obligatorio y la producción bélica; y, en segundo lugar, mediante la eliminación de la sobreproducción a través de la destrucción de las fuerzas productivas a escala mundial.

APRENDER DE LA HISTORIA

Sorkin abre de forma divertida *1929* con una cita de Albert Einstein, según la cual no se puede aprender nada de la historia y cada generación debe aprender sus lecciones de nuevo. De hecho, si, como Sorkin, uno cree que las crisis no son una parte inevitable del capitalismo, sino el resultado del «error humano», entonces, al repasar la recurrencia de los auges y las caídas a lo largo del siglo posterior, esto parece ser cierto a primera vista. Incluso aquellos capitalistas que han estudiado las crisis pasadas parecen cometer los mismos errores una y otra vez.

En realidad, las crisis no se deben a un desconocimiento de su dinámica, ni a que la gente se vuelva demasiado «codiciosa», sino que son características inherentes al sistema capitalista. Por mucho que aprendamos de la historia, no podemos evitarlas. Pero si ese es el caso, ¿qué podemos aprender?

En todas las crisis, la clase dominante hará todo lo que esté en su mano para hacer recaer la carga sobre las espaldas de la clase trabajadora y los pobres. Tarde o temprano, esto tendrá un profundo impacto en la conciencia de las masas. Un sector cada vez mayor llegará a la conclusión de que el único camino a seguir pasa por el derrocamiento del capitalismo y la llegada al poder de la clase trabajadora.

De hecho, esto empezó a suceder durante la crisis de la década de 1930. Sin embargo, al final, los comunistas de Estados Unidos no lograron forjar el liderazgo revolucionario necesario para marcar de forma decisiva el curso de los acontecimientos, antes de que la Segunda Guerra Mundial interrumpiera el proceso. Pero las oportunidades para hacerlo eran inmensas. Para quienes hoy nos interesa el derrocamiento del capitalismo, esta es la lección clave.

Sorkin, sin embargo, concluye su libro con el siguiente llamamiento:

> «La lección perdurable no es que los auges puedan prevenirse o que las crisis puedan evitarse por completo. Es que debemos recordar lo fácil que es olvidar. El antídoto contra la exuberancia irracional no es la regulación en sí misma, ni el escepticismo, sino la humildad: la humildad de saber que ningún sistema es infalible, ningún mercado es totalmente racional y ninguna generación está exenta. Cuanto mayor es nuestra certeza, más largo y más duro es el golpe cuando caemos.»[14]

Por desgracia para Sorkin y el círculo en el que se mueve, parece que la humildad brilla por su ausencia en el Wall Street actual. Y cuando llegue la próxima crisis —y sin duda llegará—, será imposible que gente como Sorkin y la clase dirigente ignoren a la clase trabajadora. ■

Referencias en línea
americasocialista.org
/amsoc43
o escanea el código QR

¿ERES **COMUNISTA?**



¡ORGANÍZATE!

La **Internacional Comunista Revolucionaria** es una organización comunista revolucionaria con miles de militantes y presencia en más de 60 países de todo el mundo.

Organízate en la lucha contra el capitalismo: **únete.**

america socialista.org/ unete